

*Miguel Ángel Pardo**Índice homilias**Diciembre 2013*

I Domingo de Adviento.....	2
El pequeño resto de Israel	4
La casa edificada sobre la Roca	6
El Espíritu del Adviento.....	8
Como ovejas sin pastor	10
II Domingo de Adviento.....	11
Manantial de agua viva	13
No temas, yo te auxilio.....	15
Yo te enseño para tu bien	17
Respóndeme Señor, respóndeme	19
III Domingo de Adviento	21
José, el amigo de Dios, el Justo.....	23
El anuncio a Zacarías	25
El misterio de la Anunciación.....	28
El misterio de la Visitación	30
IV Domingo de Adviento	31
Solemnidad de la Natividad del Señor	33
San Juan, apóstol y evangelista.....	35
Los Santos Inocentes, mártires	36
La Sagrada Familia	39
El ancla de nuestra esperanza	41

I Domingo de Adviento

La salvación está cerca

1 de diciembre de 2013

Textos: Is 2,1-5; Salmo 121; Rm 13,11-14; Mt 24,37-44

La Iglesia celebra su propio año que llamamos **Año Litúrgico**; es el año de Cristo. Comienza el primer Domingo de Adviento que es hoy; cuatro Domingos antes del 25 de diciembre, siempre es así, cuanto toque. Este año toca el día 1 de diciembre, y como veis vestimos el color morado, que es signo de esperanza, porque estamos esperando el nacimiento de Jesús.

Y la Iglesia vive esto con una llamada a la espera y con una alegría grande, porque vamos a celebrar el misterio maravilloso del nacimiento de Jesús dentro de unos días, el 25 de diciembre. Por tanto, el Adviento nos pone en preparación para poder celebrar bien la Navidad.

Pero, por otro lado, la Iglesia siempre nos invita a celebrar algo de Cristo. El Adviento no es sólo un tiempo que nos prepara para otra cosa más importante, pues es más importante la Navidad que el Adviento, sino que este tiempo de Adviento también nos hace celebrar algo del misterio de Cristo: lo que celebramos es que «**Jesús es el que viene**», «**vino, viene y vendrá**». Adviento significa «*venida*». Venida ¿de quién? De Jesús.

Cristo vino en pobreza, humildad y en carne mortal, el Hijo de Dios se encarnó en las entrañas purísimas de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo, y a los nueve meses fue dado a luz el día de Navidad. Celebraremos con gozo que Jesús vino y estuvo entre nosotros en vida terrena: **¡el Señor ha venido!**

Pero sabemos que el Señor después de padecer y morir resucitó de entre los muertos y está vivo para siempre y sabemos que la historia va a tener un final, de eso nos hablaba el Evangelio de hoy, «**y el Señor ha de venir en la gloria**», ha de venir glorioso, visible, para consumir la historia, para realizar plenamente la historia que tiene un fin, que está llamada a llegar a la gloria de Dios: **¡el Señor vendrá!**

Pero entre la venida en carne mortal, «vino», y la venida en la gloria, «vendrá», hay otra tercera venida que es la de ahora, la de nuestra vida, la de todos los días, porque Jesús es el que está viniendo: ¡el Señor viene!

Viene oculto porque está vivo y glorioso, pero no lo vemos. La Ascensión sabemos que marcó el momento en que Jesús resucitado deja de aparecerse; lo oculta la nube y ya está en medio de nosotros pero no lo vemos, **viene oculto a través de los signos y viene por la gracia**. El Señor nos invita a descubrir su presencia entre nosotros, a descubrir cómo él nos rodea constantemente con su presencia y cómo quiere hacer una vida con nosotros, quiere acompañarnos siempre, y por eso nuestra vida en esta tierra es descubrir que el Señor está presente y que quiere manifestarse.

Por eso en este Adviento le pedimos al Señor que nos ayude a descubrirle vivo y presente entre nosotros, a saber cómo se manifiesta en los signos; Él está oculto pero se manifiesta.

Por otro lado, el Adviento nos ayuda a celebrar otra cosa muy importante y es que el **Señor se hizo esperar, preparó su llegada**, no llegó de repente sino que avisó que venía. Por eso en este tiempo de Adviento la Iglesia escucha especialmente el tiempo del Antiguo Testamento donde Dios prometió un Salvador. Lo oiremos a través de los profetas, especialmente del profeta Isaías. Y eso ¿qué tiene que ver con nosotros? Pues mirad, tiene

que ver una cosa muy importante y es que para poder encontrarte bien con Cristo tienes que descubrir que lo necesitas, porque si no descubres que lo necesitas no valoras lo que tienes, y el Adviento es ese tiempo donde el Señor nos hace ver la necesidad que tenemos de Él, y ¡ojalá! que nos meta en el corazón el deseo de Cristo.

Y para que esto suceda el Señor prepara su llegada y ¿cómo lo hace? A través de **los que preparan el camino al Señor**. Por un lado están los profetas del Antiguo Testamento, **Isaías**, especialmente. Luego hay unos personajes más conocidos para nosotros que son los que traen a Jesús: uno va a ser **Juan Bautista**, que es el que va por delante, lo veremos el tercer Domingo de Adviento, y luego aquellos que están justo antes de Jesús que son **María y José**, que son los que nos ayudan de verdad a recibir a Jesús.

Y por último, hay uno que es el que hace el gran trabajo aunque no se ve, que es el **Espíritu Santo**: Él es el que prepara en nuestro corazón la llegada de Jesús.

Vamos a pedir al Señor que nos ayude a vivir este nuevo año litúrgico que comenzamos hoy, porque la Iglesia comienza el año de Cristo hoy, primer Domingo de Adviento.

Hoy Señor te pedimos que nos preparemos para acogerte porque tú estás viniendo; prepara nuestro corazón, haznos sentir la necesidad de ti, haznos sentir deseo de ti y que a través de los que preparan tu llegada, especialmente de la Virgen María y del Espíritu Santo, podamos acogerte con mucho gozo y celebrar bien la Navidad.

Que así sea



El pequeño resto de Israel

Lunes, 2 de diciembre de 2013

Textos: Is 4, 2-6; Salmo 121; Mt 8, 5-11

Hemos comenzado el tiempo de Adviento y los Domingos van siguiendo un curso, primero hemos celebrado ayer el Adviento como tiempo donde vemos al Señor que ha de venir al final de la historia, después vienen los dos Domingos de Juan Bautista (*este año sólo celebraremos uno porque el primero va a ser sustituido por la festividad de la Inmaculada el próximo Domingo*) y el último Domingo que nos prepara ya para la Navidad, porque nos habla del misterio anterior que es la Anunciación, que es el anuncio a María o a José, o la Visitación, justo lo que está antes del nacimiento del Señor.

Pero los días de diario, que es como hemos empezado hoy, la Iglesia nos hace escuchar grandes oráculos que nos hablan del Mesías, de la salvación prometida por Dios; y el Evangelio, hasta el miércoles de la semana que viene, concuerda con esas profecías, mostrando cómo con Jesucristo se cumple aquello que había sido prometido.

A partir del jueves de la semana que viene ya empezaremos a escuchar en el Evangelio escenas que nos hablan de Juan Bautista, que es el que va por delante del Señor, el que prepara el camino al Señor.

Hoy hay dos primeras lecturas posibles; como la primera, Isaías 2, la hemos escuchado en el ciclo A ayer, entonces hoy hemos escuchado Isaías 4. El texto que hemos escuchado es un texto precioso que nos habla de un **germen**, de un **vástago**, y de un **resto**: **ese germen es el Mesías; el resto es el germen del pueblo de Dios, de la Iglesia.**

El germen dentro de la humanidad brota, es algo distinto y nuevo, nada más y nada menos que uno de nosotros va a ser el mismo Dios hecho hombre, del que vamos a recibir la salvación.

Y, por otro lado, dentro del pueblo de Dios que muchas veces es infiel y que no responde verdaderamente al Señor, el Señor se va a guardar un resto fiel que en humildad y pobreza va a vivir con fidelidad al Señor, y de ese resto fiel va a germinar la Iglesia, es decir, el pueblo, la familia de Dios que nace también del Mesías, y ese resto fiel es ante todo y sobre todo nuestra Madre la Virgen María, ese resto que ha cumplido lo que es la Iglesia.

Y el Evangelio nos habla de cómo esa salvación se va a ofrecer a todos los hombres, va a ser presentada a todos los hombres, también a los de fuera del pueblo elegido cuyo representante en este caso era el Centurión. Fijaos que el Centurión es representante de esos pueblos que acceden y que creen, o sea que se convierten y que creen, y este Centurión tiene esa oración llena de **humildad**, de **sorpresa** y de **confianza**.

Humildad porque se reconoce indigno, **sorpresa** porque el Señor le atiende, y lleno de **confianza** porque dice esa oración que vamos a decir antes de comulgar: «**Señor no soy digno de que entres en mi casa**»; y el Señor dirá «**nunca he visto en Israel tanta fe**».

También nosotros hoy nos reconocemos indignos, sorprendidos de que todo un Dios venga a buscarnos porque nos ama; también nosotros decimos «**Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero estoy contentísimo, contentísima, porque tu vienes a verme, porque quieres que yo te reciba**».

Pues con esta confianza y con este gozo vamos a pasar al momento central de la Eucaristía, donde el Señor nos va a hacer participar de su sacrificio, donde se va a hacer presente entre nosotros y donde vamos a poder recibirle en comunión.

Señor, haznos vivir este camino del Adviento con gozo, con esperanza, con actitud profunda de convertirnos a ti y prepáranos para celebrar santamente la Navidad.

Que así sea



La casa edificada sobre la Roca

Jueves, 5 de diciembre de 2013

Textos: *Is 26, 1-6; Salmo 117; Mt 7, 21.24-27*

En el tiempo de Adviento revivimos esa larga espera de siglos, a través de la cual Dios ha ido prometiendo un Salvador para que toda la humanidad, a través del pueblo elegido, fuera tomando conciencia de que necesitaba una salvación radical, que sólo podía venir de Dios.

Esta espera, esta pedagogía de Dios nos hace tomar conciencia de la verdad de nuestra humanidad y de su necesidad de ser salvada, y de cómo esa salvación solo puede venir de Dios, se ha proclamado especialmente a través de los profetas y singularmente Isaías, el gran profeta de esto. Estamos escuchando la primera parte de **Isaías** los primeros capítulos del 1 al 39, del “**primer Isaías**”, como se le llama.

Isaías nos ha dicho dos cosas sobre todo: –«**que Dios quiere un pueblo que confíe en Él**»-, lo ha dicho dos o tres veces; y luego que confíe en él porque «**Él es la Roca**». ¿Qué quiere decir la Roca? La roca es algo sólido sobre lo cual tú levantas algo.

Entonces ¿cuál es la vida que Dios quiere de nosotros? Pues que nosotros edifiquemos nuestra vida sobre Dios, y la relación que hay con un Dios que es Roca es la confianza.

El Evangelio nos hace comprender cómo se cumple esto: –«**Quien escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquél que edificó su casa sobre Roca**»-. **Jesucristo es la Roca, porque es Dios**; si no, no podría ser la Roca.

Jesucristo a través de esta parábola nos está diciendo que Él es Dios y que lo que había sido anunciado a través de los profetas se cumple con Él: –«Quien escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquél que edificó su casa sobre Roca».

¿Cómo se expresa esa confianza? A través de la escucha y de la fe en la Palabra de Dios. Está muy bien confiar, pero hay que confiar en concreto; la confianza es una relación personal que impregna un trato entre dos personas, pero esa confianza se tiene que traducir en lo real de la vida.

Con Dios ¿cómo se traduce eso? Ante todo en la confianza de acoger y de creer lo que Dios te dice; aquello que Dios te dice tú te lo crees y es criterio de vida sobre lo cual edificas tu vida, es decir, tú te orientas y procedes en tu vida conforme a lo que el Señor te dice, y entonces uno experimenta que realmente Dios es Dios.

En nuestra vida cristiana a veces nos cuesta caminar porque no nos acabamos de creer al Señor, porque experimentamos que Dios es Dios en la medida en que nos fiamos de Él.

Señor, en este camino del Adviento tenemos que ir descubriendo que tú eres nuestro Dios, y que tú eres la Roca firme de nuestra vida, que no podemos estar buscando otras Rocas que antes o después van a demostrar que no son Roca, sino haznos comprender Señor que tú eres el único cimiento y fundamento estable sobre el cual se puede edificar nuestra vida.

Ayúdanos a vivir de confianza y ayúdanos sobre todo a abrir nuestro corazón, a acoger tu Palabra, que es palabra de vida y palabra que tiene que hacerse vida para que

experimentemos con gozo que tú eres el Salvador, que tú transformas y salvas en nuestra vida en la medida en que nosotros cooperamos contigo a través de la confianza.

Que así sea



El Espíritu del Adviento

Viernes, 6 de diciembre de 2013

Textos: Is 29, 17-24; Salmo 26; Mt 9, 27-31

En el tiempo de Adviento las lecturas del profeta Isaías sobre todo, que es el que leemos a diario, nos habla de las promesas de Dios y sobre todo de la promesa de la Salvación, cómo el Señor ha prometido salvar a los hombres, especialmente a través del Mesías, que es Dios mismo hecho hombre, Jesucristo.

Hemos escuchado cómo Dios dice que va a venir a salvar a los pobres. Los pobres son los que estamos necesitados, necesidad que se refleja en los ciegos, en los sordos, en los cojos, que es un signo de toda esa necesidad que nosotros tenemos de salvación. Dice el Señor: **«tus ojos verán las acciones de Dios y santificarás al Señor»**.

Y hemos visto cómo en el Evangelio, Jesús cura a dos ciegos como aquello que había sido anunciado que Dios iba a actuar, iba a dar la vista a los ciegos, realmente Dios mismo hecho hombre, que es Jesucristo, es quien lo hace.

Pero yo quisiera, dentro de este marco, comentar con vosotros una de las oraciones que tiene la Iglesia en Adviento, que nos hace percibir precisamente lo que está queriendo transmitirnos la liturgia, especialmente a través de las lecturas.

A través de la historia de la salvación Dios ha intentado convencer a la humanidad de que necesita ser salvada, y en el tiempo de Adviento nosotros ¿qué revivimos? **Revivimos toda esa espera del Salvador que nos hace entender cómo los que estamos aquí, cada uno de nosotros, la Iglesia, cada uno de los cristianos, todos los hombres, hoy, ¡hoy!, ¡hoy!, necesitamos ser salvados por Jesucristo, porque ¡Él es nuestro Salvador!**

En este Espíritu del Adviento nos gozamos de que el Señor viene, y nos gozamos porque viene a salvarnos; no viene a cualquier cosa: **¡viene a salvarnos!**, y este encuentro es gozoso en la medida en que yo soy consciente de que necesito ser salvado, *«si no pues..., está bien, pues qué maravilla ¡ha venido!, pues en el fondo ni me va ni me viene, no me afecta... ¿no?»*. Pero me afecta ¡y mucho!

Fijaos lo que dice la liturgia de la Iglesia hoy en la oración sobre las ofrendas: **«que los ruegos y ofrendas de nuestra pobreza te conmuevan, Señor, y al vernos desvalidos y sin méritos propios, acude compasivo en nuestra ayuda»**. Pues esto está en el corazón del Adviento.

—**«Los ruegos y ofrendas de nuestra pobreza...»**, es decir, nos reconocemos pobres y reconociéndonos pobres, como lo hacen los cojos, los ciegos, los lisiados, los sordos, los hambrientos, los que sufren, los enfermos, nosotros nos reconocemos pobres y eso nos lleva ¿a qué? —**a rogar y ofrecer**.

Por lo tanto esa pobreza de espíritu no es algo que simplemente soportamos o resignadamente llevamos o que no queremos ver, sino que la vemos, la acogemos, la aceptamos y la presentamos a Dios, y no de cualquier manera sino como nuestra gran riqueza, porque esa pobreza va a hacer que Dios venga a nosotros. Fijaos que entonces esa pobreza que yo descubro aquí ya no es una dificultad, ya no es un peso, es nuestra riqueza, porque hace venir a Dios como Rey, como Señor, como Salvador.

—«... **te conmuevan, Señor, y al vernos desvalidos y sin méritos propios...**», es decir, siendo pobres te llamamos Señor, nos presentamos ante ti, entonces nuestro ruego y ofrendas ¡que te conmuevan!, y **al vernos desvalidos**, ¡desvalidos!, estamos desvalidos y sin meritos propios, yo no soy un santo, no soy una santa, vengo ante ti.

—«...**acude compasivo en nuestra ayuda**», y Jesús viene ¡hoy! compasivo en mi ayuda; no sólo vino, no sólo vendrá, sino que viene, ¡viene!, y viene a nuestra vida de manera especialísima en los Sacramentos y *de manera especialísima, especialísima, especialísima*, en la Santa Misa.

Dentro de unos instantes vamos a vivir el Ofertorio, en el Ofertorio estamos llamados a ponerlo todo, a ponernos a nosotros, a poner nuestra vida, nuestras ofrendas, ¡a ponerlo todo! ¿Para qué? Para que el Señor asuma y bendiga nuestra pobreza, y Él que ha transformado lo que hemos ofrecido en Él mismo, le podamos recibir para que inunde, bendiga y santifique nuestra vida y nuestra realidad de lo que vivimos y de lo que somos.

Te damos gracias, Señor, porque en este Adviento nos estás haciendo descubrir nuestra verdad, que somos pobres y necesitados y sobre todo que estamos necesitados de salvación, pero que esto no nos tiene que hacer que nos pongamos tristes sino todo lo contrario, que esto es verdaderamente un tesoro en la medida en que sabemos que tú vienes a salvarnos.

Que nuestra pobreza reconocida, asumida y aceptada hecha ofrenda y oración, se convierta en ocasión del encuentro de salvación contigo, tú que eres Salvador y que vienes a nuestro encuentro para salvarnos cada día.

Que así sea



Como ovejas sin pastor

Sábado, 7 de diciembre de 2013

Textos: Is 30, 19-21.23-26; Salmo 146; Mt 9, 34-10, 1.6-8

La lectura del profeta en este sábado de la primera semana de Adviento nos hace ver cómo el Señor va a tener compasión del pueblo, de los israelitas, de todos aquellos que están necesitados.

El Señor se va a compadecer, y en esa compasión entra de manera especial también el ser Maestro: «**tus ojos verán a tu Maestro**» y «**oirás detrás de ti una voz que te dirá vete por esta senda, éste es el camino**».

Como eco de esta lectura hemos escuchado cómo el Señor va realizando signos, curaciones, atendiendo a los necesitados, a los que sufren, y después nos va a decir que él va a sentir compasión porque veía que estaban “**como ovejas sin pastor**”, y entonces va a descubrir a los discípulos el camino más importante para sanar esto, y es que **pidamos al dueño de la mies que mande obreros a su mies**.

El Señor quiere mandar pastores pero nos dice que lo pidamos, y luego va a hacer con los discípulos lo que ha hecho él: **él es Pastor, y va a mandar a los apóstoles como pastores para que vayan anunciando el Reino de Dios**.

Nosotros en este camino del Adviento descubrimos, *lo hemos ido escuchando estos días*, que estamos realmente necesitados de Cristo y de su salvación, pero no sólo nosotros sino la Iglesia y más aún, la humanidad entera. **Tenemos que sintonizar con la compasión del Señor que nos ve tan necesitados, él se acerca a nosotros, quiere darnos respuesta a esto, no sólo con curaciones sino a través de la enseñanza y de la Palabra**.

Y desde aquí nos acercamos poco a poco a descubrir como la verdadera actitud para recibir a este Señor que viene y que nos salva es el corazón de la Virgen, las actitudes de María. Mañana vamos a tener el gozo de celebrar la Inmaculada Concepción, que fue la preparación radical que Dios hizo para su llegada; preparó a la Madre Inmaculada y llena de gracia para poder venir Él.

Y san Ambrosio, al que estamos celebrando hoy, tiene una frase célebre que se ha ido transmitiendo en la historia de la Iglesia, y especialmente a través de los santos marianos que lo han recogido con mucha fuerza, que dice: «**Tengamos en nosotros el corazón de la Virgen, tengamos nosotros el espíritu de María, el alma de María, para alabar y bendecir al Señor**».

Se lo pedimos al Señor en este momento de nuestro Adviento, preparándonos ya para celebrar mañana la festividad de la Inmaculada.

Danos Señor el alma, el espíritu y el corazón de María, para poder no sólo alabarte y bendecirte debidamente, sino acogerte en nosotros, en nuestro corazón y en nuestra vida como ella te recibió.

Que así sea



II Domingo de Adviento

Solemnidad de la Inmaculada Concepción

8 de diciembre de 2013

Textos: Gn 3,9-15.20; Salmo 97; Rm 15,4-9; Lc 1,26-38

¡Alégrate! Esta es la primera palabra que recibe la Virgen de Dios, y es la palabra que el Señor nos quiere decir en este segundo domingo de Adviento, en el que celebramos con gozo la Inmaculada Concepción de nuestra Madre la Virgen María.

¡Alégrate! Porque Dios da a conocer a la Virgen de una manera sencilla su misterio: "**llena de gracia**". Probablemente la Virgen no captaría el misterio tan profundo que Dios había obrado en ella, porque ella era y vivía llena de gracia e inmaculada, sin pecado, pero de una manera sencilla y natural, sin demasiada reflexión sobre ello, porque vivía a Dios como lo había vivido desde siempre, como se había acostumbrado a vivir a Dios, viviendo en plena docilidad guiada por el Espíritu Santo.

¡Alégrate! Y este misterio ¿cuál es? Que Dios había obrado en el momento de su Concepción en las entrañas de su madre santa Ana quitándole todo pecado, evitando que pudiera recibir la herencia del pecado original, y llenándola de la plenitud de la Gracia.

Esto va a hacer que cuando la Virgen nazca y se desarrolle va a ir siempre viviendo guiada por Dios, de manera que va a ser siempre Santa, como la llama la tradición de Oriente la "*Toda Santa*", y a la vez va a ir creciendo en santidad hasta el final de sus días, siendo plena colaboradora de Jesucristo nuestro Salvador.

Y desde aquí nosotros hoy en este camino del Adviento ¿qué aprendemos? Pues mirad aprendemos que Dios que viene prepara su llegada y lo primero que hizo es preparar a la que iba a ser su Madre, preparó a la Virgen María, de modo que Dios actuó en la Virgen antes de que ella pudiera ser consciente de todo beneficio; por lo tanto, como dice san Juan en la primera carta después de decir que «**Dios es Amor**» dice que «**Dios nos amó primero**». **Dios siempre nos ama primero.**

Por eso para poder tener una relación buena con Dios tenemos que volvernos a Dios y preguntarle: «*Señor descúbreme el Amor que me tienes, descúbreme cómo me has amado, porque yo quiero hablar contigo, quiero tener una relación contigo, quiero vivir contigo y tengo que descubrir, como sucedió con la Virgen, que me has amado primero*».

Todos los que estamos aquí hemos sido amados eternamente por Dios, y hemos recibido la gracia inmensa del Bautismo, la mayoría pequeñitos, muy pequeñitos, cuando no éramos conscientes de nada; por lo tanto, el Señor no sólo nos ha dado la vida sino que nos ha dado la vida de Dios, nos ha hecho hijos de Dios como un don suyo, un don porque Él nos ama primero.

Dios ama sin que se le note, primera cosa. Ese Amor de Dios permanece oculto a nuestra mirada la mayoría de las veces, cuando vivimos la vida muchas veces nos dirigimos al Señor y especialmente cuando vienen las pruebas, las situaciones difíciles, a veces lo único que nos brota es decir: «*¡Señor pero qué pasa!, parece que me has abandonado, te has olvidado de mí, parece que no me quieres, por eso a lo mejor me viene esto, o me está sucediendo aquello*». No nos damos cuenta de que Dios nos está amando siempre, todos los días, a todas horas, aunque a veces nos cueste comprender por qué permite algunas cosas.

Segundo, hoy tenemos que descubrir también que no sólo Dios nos ama primero sino que su amor normalmente no se nota, y como no se nota a veces pensamos que no nos quiere, ¡y no es verdad!, todo lo contrario, porque cuando se ama de veras uno no quiere hacerlo notar, ama porque ama, no para que el otro lo note o para que le den las gracias, sino que ama porque quiere al otro y le gusta amar en silencio.

Tercero, cuando Dios ama el fruto se nota bastante después, ¡mucho después! Nosotros estamos celebrando la Inmaculada Concepción, y años después es cuando el Señor le anuncia a la Virgen lo que ha hecho en ella: «**Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo**», y luego va a venir la obra admirable, que Dios se iba a hacer hombre en sus entrañas por obra y gracia del Espíritu Santo gracias a la fe de la Virgen, una fe que tuvo porque estaba llena de gracia, porque Dios la había preparado para poder dar esa respuesta.

En nuestra vida también suele pasar así, que el Señor que nos ama primero, nos bendice, que su amor es silencioso y no se nota, el fruto de ese amor se va notando luego bastante más tarde, ¡bastante más tarde!

Y eso nos habla de la manera de obrar de Dios, que normalmente no actúa aparatosamente llamando mucho la atención, no suele ser la manera de obrar de Dios; a Dios le gusta hacer las cosas con sencillez, con humildad, porque lo descubren y lo notan los que le buscan, los que le aman, los que son fieles.

Por último, había dicho el salmista que le salía del corazón un grito, y era el siguiente: «**Crea en mí, Señor, un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme**», y esto que es el Salmo “*Miserere*” que decimos (*Sal 50/51*), el gran salmo penitencial de la Iglesia, es como el grito del hombre que reconoce que es pecador y que se da cuenta de que él no puede salir de esta situación si Dios no cambia las cosas. Pues bien, Dios las ha cambiado y comenzó a cambiarlas porque hizo que alguien dentro de la humanidad fuera distinto, que es María a la que dio un corazón puro, un corazón inmaculado, un corazón nuevo y la llenó de Espíritu Santo: «**renuévame por dentro con espíritu firme**», la llenó del Espíritu Santo desde su concepción.

Y esta mujer no sólo es la Madre de Jesucristo, que lo es, sino que es nuestra Madre, la Madre de la Iglesia, y todos en la Iglesia tenemos vocación de alcanzar ¡ojalá! su pureza, y esto es en verdad celebrar la Inmaculada Concepción; si nosotros no captamos que tenemos vocación de llegar a librarnos de todo pecado, a llenarnos de gracia y parecernos a la belleza grandiosa de María, no estamos entendiendo bien lo que estamos celebrando.

España es tierra de María y tierra de la Inmaculada. Y en la tierra de María hemos de ser hijos de María, con la pureza y el corazón de María.

Te damos las gracias, Madre, por haber sido fiel al Señor; reconociendo que Él había hecho obras grandes por Ti, fuiste fiel a sus dones, te entregaste del todo. Él primero obró en Ti, luego obró contigo, y contigo, Madre, el Señor nos bendijo a todos.

Gracias, Madre, por ser fiel y obtén del Señor para todos nosotros un corazón nuevo, un corazón libre de pecado, un corazón cada vez más lleno de gracia.

Que así sea



Manantial de agua viva

Lunes, 9 de diciembre de 2013

Textos: Is 35,1-10; Salmo 84; Lc 5,17-26

«**Dios en persona vendrá y nos salvará**». Este es el gran anuncio que hemos escuchado en la primera lectura del **profeta Isaías**, es como el corazón de esa larga lectura que hemos escuchado, que nos introduce en el corazón de lo que es la espera durante siglos.

Dios ha prometido que habría una salvación y hay un momento donde Dios mismo nos hace el anuncio de esa promesa maravillosa, **¡va a salvar!**, pero no de cualquier manera ni a través de otros, como lo ha hecho otras veces en la historia de la salvación, sino que **Él mismo va a venir en persona y Él va a salvar**.

Realmente esto para nosotros es un regalo inmenso, nunca el hombre pudo soñar que esto fuera así, esto es importante que lo meditemos porque nos hemos acostumbrado al misterio de la Encarnación, *lógicamente, somos cristianos, si no lo creyéramos pues no seríamos cristianos*, pero no vemos o quizás no captamos el asombro que nos debería dar, cada vez más, el que Dios se haga hombre, el que Dios mismo entre en nuestra historia haciéndose hombre, uno de nosotros.

Y esto es lo que realmente le pedimos al Señor también en este Adviento: «**Señor, que podamos captar el regalo, la maravilla, la gracia tan grande, la condescendencia que tú has tenido con nosotros, el amor tan maravilloso que muestras por nosotros y por nuestra humanidad que tú has creado, al hacerte uno de nosotros, al hacerte hombre**».

Y esto, nos dice el texto, va a revolucionar toda la creación y toda la humanidad, de manera que los hombres que estamos necesitados de salvación vamos a recibir los dones del Salvador que viene en persona.

Esa salvación, que se figura en la situación de los cojos, de los sordos, de los ciegos etc., va a producir un gozo inmenso, alegría desbordante, pena y aflicción se alejarán, vendrá el gozo, vendrá la alegría.

Y más aún, en medio del desierto manará el agua viva, en medio de lo reseco va a haber manantiales, el Señor va a transformar el desierto en una fuente de agua, para saciar a los sedientos de todo aquello que sólo Dios nos puede dar.

Y como eco de esta lectura preciosa, que podríamos meditar porque realmente es maravillosa, nos ha puesto el capítulo quinto de san Lucas la curación y el perdón del paralítico, de aquél que le presentan. Sabemos esa escena, pero ahora no me voy a detener en toda la parte que conlleva de fe, de misericordia, sino que vamos al punto central que aparece en conexión con la primera lectura.

Cuando el Señor dice: «**tus pecados quedan perdonados**», los judíos observantes dicen: «*este blasfema, quien puede perdonar los pecados mas que Dios, sólo Dios puede perdonar los pecados*», **pues ese Dios en persona que viene a salvar y que va a estar en medio de nosotros es Jesús**, cuyo nombre significa «*Dios salva*» y que **salva sobre todo perdonando los pecados y al perdonar los pecados está manifestando que es Dios**, porque para los judíos ¡está claro! que solo Dios puede perdonar los pecados.

En la Iglesia, ciertamente, el Señor lo hace a través de los ministros que hemos recibido el Sacramento del Orden, el poder de ser instrumento suyos para el perdón, porque nadie puede perdonar los pecados mas que Dios, pero realmente esto también nos llena de gozo, porque la raíz de todos los males que es el pecado es lo que el Señor viene a curar y a perdonar en la medida en que el hombre cree, se arrepiente y se abre al perdón misericordioso del Señor.

Señor, en este lunes del segundo domingo de Adviento queremos llenarnos de gozo, porque tú eres el que vienes en persona a salvarnos.

Ven, Señor, a nuestra vida, ven a nuestra familia, ven a nuestra parroquia, ven a nuestra Iglesia, ven a este mundo porque te necesitamos, porque tú eres el que tienes que salvarnos siempre, creemos en ti, nos gozamos de tu presencia y te pedimos que conviertas el desierto de nuestra vida en un manantial de agua viva.

Que así sea



No temas, yo te auxilio

Jueves, 12 de diciembre de 2013

Textos: *Is 41,13-20; Salmo 144; Mt 11,11-15*

Seguimos escuchando en la primera lectura al “segundo Isaías”, el gran profeta de la esperanza; hemos escuchado un trocito del capítulo 41 que nos dice lo siguiente: «**Yo el Señor te agarro de la mano y te digo: no temas, yo te auxilio**». Pues esto nos lo dice el Señor esta tarde, físicamente no nos agarra de la mano pero como si nos agarrase.

El Señor viene, ¿a qué? A tomar nuestra mano, a tomar las riendas de nuestra vida, a decirnos «*fíate de mí, sígueme, y sígueme confiado en mí, como un niño que se agarra de la mano de su padre o de su madre y se deja llevar sin ninguna preocupación, porque sabe que está en las mejores manos del mundo, y que incluso si hay algo en el camino que a uno no le gusta sabe que es bueno, porque si el padre o la madre lo hace es porque uno lo necesita; aunque proteste, aunque chille, aunque se queje, aunque patalee o aunque lllore un poco, como hacen los niños, sabe que en el fondo es bueno, porque lo hace el padre o la madre*».

Entonces, «**Yo te agarro de la mano y te digo, no temas**», y ¿por qué no tienes que temer? Porque estás llena o lleno de miedos, y como estás llena o lleno de miedos yo te digo: «**¡No temas!, que yo estoy aquí y vengo para conducir tu vida, y he venido a conducir tu vida, porque yo te auxilio**». Y luego dice más adelante: «**yo soy tu Redentor**».

Quiere esto decir que para poder celebrar el Adviento tenemos que superar un concepto que nosotros como que lo hemos asimilado, y “*es que Dios está allí en el cielo y nosotros estamos aquí en la tierra, y que Dios se hizo hombre, que vino, que hizo maravillas, hizo milagros, predicó, sufrió mucho por nosotros, nos ha salvado, ha resucitado y ahora está en el cielo, pero que nosotros estamos aquí en la tierra y Él de vez en cuando se acuerda de nosotros y nos hace caso*”.

Eso no tiene nada que ver con el cristianismo, porque lo que está diciendo el Señor es «**Yo estoy aquí, ¡aquí!, no en otro sitio ¡estoy aquí!, aquí en la tierra junto a ti, y te quiero agarrar de la mano para que no tengas miedo, porque no tienes que tener miedo, porque yo estoy aquí y si tú te fías de mí yo te auxiliaré**».

Y la imagen que coge es muy fuerte, porque estando en el destierro, fruto de sus pecados es ese destierro, ese salir de la tierra prometida ha sido fruto del pecado de los israelitas, y el Señor dice: «**Las consecuencias de vuestros pecados es que esto ha quedado como un desierto, aquí no hay nada ya, no hay frutos, ni flores, ni nada que recoger, y además no hay agua, esto ha quedado como un erial, fruto de vuestros pecados, y la consecuencia es que os habéis vuelto pobres, absolutamente pobres, necesitados, indigentes, oprimidos, ¡pues yo lo voy a cambiar! ¡Yo lo voy a cambiar!**».

Y dice el Señor: «**De manera que voy a hacer salir manantiales del desierto, voy a hacer brotar fuentes de agua del páramo, de manera que, a ver si os enteráis y comprendéis ¡de una vez!** –dice al final del texto-, **que yo soy el que lo hago, que yo soy Dios que lo ha creado**».

Quiere esto decir que como cristianos tenemos que colaborar y cooperar con el Reino de Dios. Pero tenemos un concepto del Reino de Dios donde nosotros nos comprometemos y el Reino de Dios ya funciona; es decir, que creemos que el Reino de Dios puede funcionar

sin Dios. **¡No!, el Reino de Dios no puede funcionar sin Dios. ¡No puede funcionar sin Dios!**

Evidentemente el Señor quiere que colaboremos, pero la fuerza de lo que Dios está prometiendo es que Dios entra en nuestra historia siempre, y donde el hombre tiene fe, se confía y se agarra de la mano de Dios, donde uno es pobre, donde uno tiene sed, donde a uno le falta para comer, donde uno siente la sed de una vida insatisfecha entra Dios y lo cambia, porque sólo Él lo puede cambiar.

Quién puede darnos lo que no nos da la sociedad de consumo, ni los bienes, ni los placeres cuando uno ha experimentado todo eso y siento ese vacío, quién puede dar algo en medio de ese desierto donde el hombre está hastiado, porque ya no sabe adónde mirar, porque lo ha probado todo y sabe que está vacío: **¡sólo Dios!, ¡sólo Dios!, ¡sólo Dios!**

¿Qué es el Adviento? **El Adviento es la alegría de saber que el Señor está aquí y quiere manifestarse**, eso es el Adviento: es la venida del Señor que estando se quiere manifestar, eso lo hizo el Señor preparando su llegada y se hizo hombre **y lo vamos a celebrar adorándole Niño en Belén.**

El Señor va a venir al final de la historia y transformará todo. Pero el Señor no se ha quedado en el cielo quietecito de brazos cruzados, ¡no!; el Señor está en el cielo pero también está en la tierra y esta tarde nos dice a ti, a mí y a todos: **«Yo estoy aquí, yo te agarro de la mano y te digo: no temas, yo te auxilio para que comprendas y entiendas de una vez que yo soy quien lo hago, y hago las cosas nuevas».**

Señor, danos fe, que es lo que nos falta; nos falta fe para creer que tú estás aquí, y eso es lo que nos va a devolver la alegría; no soñar cosas que son falsas, no hacernos consuelos irrisorios que no son verdad; lo único que nos puede dar la alegría es la verdad de que tu existes, que estás aquí y que quieres agarrarnos de la mano, consolarnos y cambiar nuestra vida.

Danos fe para creer, danos fe para pedírtelo, danos fe para confiarnos y abandonarnos en ti y experimentar lo buenos que eres, y cómo cambias nuestra vida si te dejamos; que no te tengamos ningún miedo, Señor, tú que deseas cambiarlo todo.

Que así sea



Yo te enseño para tu bien

Viernes, 13 de diciembre de 2013

Textos: Is 48,17-19; Salmo 1; Mt 11,16-19

En el camino del Adviento hemos dado hoy un pequeño giro en los evangelios, porque a partir de hoy durante unos cuantos días, hasta el día 16, vamos a estar escuchando evangelios sobre san **Juan Bautista**.

Juan Bautista es uno de los personajes importantes del Adviento porque es el que preparó el camino al Señor, el que dispuso a los judíos para recibir al Salvador, a Jesucristo, Nuestro Señor.

Pero quiero comentar la lectura primera de **Isaías**, esta vez del capítulo 48; un texto precioso, que nos anuncia algo que ha prometido el Señor y que se cumple en Jesucristo. Ayer veíamos cómo el Señor decía **«yo te agarro de la mano y te digo, no temas»**.

Y hoy ¿qué hemos escuchado? El Señor reprende a su pueblo, un pueblo que está en el destierro porque ha pecado, ha pecado gravemente y a pesar de todas las advertencias y llamadas a través de los profetas no ha querido convertirse; entonces el Señor le dice: **«Yo te enseño para tu bien, te guío por el camino que has de seguir; si me hubieras escuchado y me hubieras hecho caso entonces no te hubiera sucedido lo que te ha sucedido»**.

Vamos a quedarnos con estas dos cosas: **–«yo te enseño para tu bien»**, y **–«yo te guío por el camino que has de seguir»**.

«El que te sigue, Señor, tendrá la luz de la vida», -ha dicho el Salmo-. ¡Fijaos!; el Señor, Dios, ¿qué quiere de nosotros?, ¿qué espera de nosotros? Y esta es otra clave para vivir bien el Adviento: ¿cómo podemos esperar al Señor? Pues en la medida en que nos abrimos a Él y queremos ser instruidos, queremos aprender de Dios y queremos seguirle **–«yo te enseño para tu bien»**, y **–«yo te guío por el camino que has de seguir»**.

Esto significa que para aprender el camino de la vida, para poder llegar a entender de verdad cómo tenemos que vivir, cuál es el camino verdadero, tenemos que ponernos como niños delante de Dios, como discípulos que aprenden; esto significa **deseo de escuchar a Dios, deseo de aprender, docilidad y confianza**: **«yo me fío de ti Señor y estoy deseando que tú me digas algo»**.

Y, por otro lado, significa **decisión de caminar detrás de Dios**, es decir, es **“la determinada determinación”** –que decía santa Teresa-, **de seguir a Dios por donde me lleve**, porque sin esto yo puedo aprender muchas cosas y no moverme medio milímetro; por tanto no se trata de saber muchas cosas sobre Dios sino de vivirlas, de hacer caso a Dios, de obedecer lo que Él pide, de esto se trata.

Esto está resumido en la frase del Salmo **«El que te sigue, Señor, tendrá la luz de la vida»**, porque aquél que conoce los caminos del bien, aquél llega a encontrar la luz de la vida; porque la luz de Dios se encuentra no sólo conociendo lo que Dios nos enseña, sino viviendo lo que Él nos pide.

Resumen de todo esto, ¡muy fácil!, lo sabemos de sobra. ¿Qué es lo primero que dijo Jesús a los discípulos? **–¡Ven y sígueme!–**, jeso es lo primero que dijo!, fijaos, Jesús está resumiendo todo lo que ha dicho Dios en el Antiguo Testamento como disposición de vida, porque Él es Dios que nos llama siempre. La imagen que escuchábamos antes de ayer, la

imagen del pastor «**Yo soy el Buen Pastor y mis ovejas me conocen y escuchan mi voz y ellas me siguen**».

Señor, en este camino del Adviento queremos fiarnos de ti; danos sed de escuchar tu Palabra, danos decisión para seguirte por donde tú nos lleves, para que podamos, al seguirte, descubrir la luz de la vida.

Que así sea



Respóndeme Señor, respóndeme

Sábado, 14 de diciembre de 2013

Textos: *Si 48,1-4.9-11; Salmo 79; Mt 17,10-13*

Desde antes de ayer la Iglesia en el Evangelio nos está poniendo la figura de Juan Bautista que vamos a contemplar mañana en el tercer domingo de Adviento, la figura de aquél que el Señor eligió para ir por delante de Él para que le preparara el camino.

Y hemos escuchado cómo Juan Bautista es el que cumple algo que se había anunciando, y es que iba a volver **Elías** para preparar el camino del Señor, y ciertamente Juan Bautista vino con el espíritu de Elías. De hecho Elías, aparte de toda la misión que tuvo, cuando es arrebatado al cielo el Señor hace que **Eliseo**, su discípulo, reciba dos partes de su espíritu, es decir, que su espíritu fuera comunicado.

Lo cual quiere decir que de alguna manera el Señor nos enseña una cosa muy importante, **el primer gran profeta que fue Elías fue un profeta tal, que el Señor quiso que su espíritu se transmitiera a la Iglesia.**

Sabemos cómo otro profeta Joel, lo dirá san Pedro en el discurso de Pentecostés, dijo: **«voy a derramar mi espíritu y mis hijos e hijas profetizaran»**; de alguna manera el espíritu profético el Señor nos lo ha dado a partir del bautismo a todos, con lo cual todos estamos llamados a preparar el camino al Señor, a ir por delante de Él para que tras nosotros venga el Señor. Y ya sabemos lo que dijo Juan: **«Él tiene que crecer y yo tengo que menguar»**, desaparecer detrás del Señor, porque lo que queremos es que la gente, los hombres se encuentren con el Señor.

Pero quiero detenerme en dos cosas de Elías. La primera es que fue el gran profeta de la intimidad con Dios. Dios le llamó a retirarse, primero al torrente Querit, luego le llevó a estar en la casa de la viuda de Sarepta, pero después de la gran prueba del monte Carmelo, después de que, de alguna manera, a través de Elías Dios demostró que Dios es Dios y que no hay más Dios que el Señor, resulta que el fruto no fue el esperado para nada, sino que Elías tuvo que huir porque peligraba su vida.

Después de atravesar el desierto sostenido por el Señor, porque él ya no quería vivir, llega al Horeb, es decir, al monte de Dios, al mismo donde Dios se manifestó a Moisés en su gloria, y entonces Elías se encontró con el Señor en el susurro suave de la brisa, es decir, cómo **en medio del silencio percibió la presencia de Dios.** Pues nosotros tenemos que aprender de Elías a buscar a Dios, ¡a buscar a Dios!, que está en nosotros y junto a nosotros. **Ser profeta es percibir a Dios presente**, sobre todo esto.

Y segundo. Hemos escuchado una frase muy fuerte, ha dicho el Eclesiástico en ese elogio que hace de Elías, que Elías, que era terrible, hizo bajar tres veces fuego a la tierra; no una ni dos, ¡tres!, ¡tres veces! Una, en el monte Carmelo y dos para defenderse porque venían a por él, ¡el rey venía a por él!, **y Dios defendió a su profeta haciendo bajar fuego del cielo**, dos veces, a la tercera ya no fue necesario.

Quiere esto decir que el profeta es el que abre el cielo, y, qué sería de nosotros si el cielo no bajara, ¡qué sería de nosotros! Y esto sucedió de manera especial en el monte Carmelo, cuando sabemos que después de los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal que no consiguieron nada, viene Elías y después de mojarlo todo bajó del cielo un rayo que consumió todo.

Y la oración de Elías fue **«Respóndeme Señor, respóndeme, que todos sepan que tú eres el único Dios que convierte los corazones»**, ¡fijaos, qué oración, eh! Pues algunas tradiciones orientales, en la Misa, cuando nos acercamos a vivir el momento maravilloso de la consagración, se dice: **«respóndeme Señor, respóndeme»**, porque baja el Espíritu Santo o aquí no estamos haciendo nada: **en el altar no sucede nada si no baja el Espíritu Santo que es el fuego de Dios.**

Pues en el cenáculo estaban los discípulos con la Virgen, **y la Virgen fue la que hizo bajar, al menos por dos veces, el Espíritu Santo: en la Anunciación y en Pentecostés.** Por lo tanto, **necesitamos un corazón que abra el cielo, y el corazón que abre el cielo es el corazón que cree, que espera en Dios, que tiene toda su esperanza en Dios, y sobre todo que sabe que hay cosas que solo Dios puede dar, y que las quiere dar siempre que encuentra un corazón que le busca, que cree en Él y que espera en Él.**

Elías es prototipo de Juan Bautista, que se retiró en el desierto para poder luego salir a los hombres a anunciar a Cristo.

Señor, en esta mañana queremos pedirte que renueves en nuestro corazón la conciencia que desde el Bautismo somos profetas; que nos ayudes a aprender de Elías y de Juan Bautista; que nos hagas deseosos de la intimidad contigo; que aprendamos a descubrir tu presencia; y que nos hagas descubrir el poder de la oración que abre el cielo para nosotros, el poder de la oración de la Iglesia que hace que Tú bajes al altar por obra y gracia del Espíritu Santo.

Que así sea



III Domingo de Adviento

San Juan Bautista, el precursor de Jesús

15 de Diciembre de 2013

Textos: Is 35,1-6.10; Salmo 145; St 5, 7-10; Mt 11,2-11

Dos cosas. La primera. ¿A quién no le ha pasado como a Juan Bautista que se ha escandalizado del Señor? **Juan Bautista, “el más grande entre los nacidos de mujer”**, hasta ese momento, se había quedado desconcertado, porque después de haber dado toda su vida por Cristo, de haberle preparado el camino y dar testimonio de Él, estaba confuso, porque no acababa de entender la manera de proceder del Señor.

Pero Juan hace una cosa diferente de la que a veces hacemos nosotros, y es que en vez de enfadarse, o en vez de acusar a Jesús y de echarle algo en cara, hace algo muy importante que tenemos que aprender, que es **preguntarle a Jesús**: «Señor, esto no lo entiendo, por favor, ¿me lo puedes explicar?». Es lo mismo que hizo la Virgen cuando Jesús se quedó en el templo, que se acercó a Jesús y le preguntó: «**no entendemos, José y yo no entendemos**».

El Señor es distinto a lo que uno piensa. Cuando nosotros vamos caminando es importante no quedarnos ahí, cuando estamos como sorprendidos o lo que significa desánimo, que es piedra de tropiezo, eso hace que tú dudes o que te retires del camino.

Tenemos que aprender a hablar con Jesús, porque Jesús aunque nos sorprende y nos rompe los esquemas e incluso llega un momento donde uno piensa: “*mira si es así prefiero dejarlo*”, hay que continuar. ¿Por qué? Porque si dejamos al Señor que se explique resulta que es mucho mejor de lo que uno esperaba, el Señor es mucho mejor de lo que uno se imaginaba, pero el problema es que a veces al Señor no le dejamos que se explique y entonces nos perderemos lo bueno que es el Señor. Pero hay una cosa maravillosa y es que siempre podemos rectificar, acudir al Señor y dejarle que se explique.

Lo segundo. El Señor nos ha dicho algo maravilloso, ¡**grande Juan Bautista!** ¡impresionante!; lo dejó todo para prepararse, se fue al desierto, llevó una vida austera de penitencia, salió fiado de Dios a anunciar a Jesús, la gente le veía y tenía tal fuerza su vida y su palabra que tocaba el corazón de la gente; muchos le escuchaban y se convertían y luego siguieron a Jesús.

Pues esto que es maravilloso es menos que ser cristiano; es más ser cristiano que el ejemplo y la vida de Juan Bautista. Sí, sí, lo acaba de decir el Señor. ¿Por qué? Porque Juan Bautista preparó lo que nosotros hemos recibido, él bautizó pero el bautismo de Juan no es el nuestro, el bautismo de Juan era preparación, el verdadero es el que un día recibimos y que nos ha hecho hijos de Dios.

Y esto nos tiene que llenar de gozo. El ejemplo y modelo para ser hijos de Dios no es tanto seguir las penitencias de Juan sino tener a Dios por Padre y vivir como hijos de Dios; esta es la gran verdad que nos enseña el Señor. Porque si es verdad que en el Reino de Dios nadie hasta él fue más grande que Juan Bautista, corremos el peligro de desperdiciar el gran tesoro.

Por lo tanto hoy nos dice el Señor: «**alégrate porque eres hija, hijo de Dios**»; esto es mucho más grande que la vida maravillosa de Juan Bautista, y ojalá descubras la vida cristiana porque es un verdadero tesoro.

Hoy Señor en esta mañana queremos pedirte que no nos escandalicemos nunca de ti, que si hay cosas que no entendemos tengamos la confianza de acudir a ti y preguntarte para que descubramos que eres buenísimo.

Queremos pedirte la gracia grande de descubrir el tesoro que somos, porque somos cristianos; enséñanos, Jesús, a ser y vivir de verdad como hijos de Dios.

Que así sea



José, el amigo de Dios, el Justo

Miércoles, 18 de diciembre de 2013

Textos: Jr 23,5-8; Salmo 71; Mt 1,18-24

La nueva Alianza prometida por Dios comenzó con **obras maravillosas de Dios que se realizaron en el silencio**. La primera de todas la **Inmaculada Concepción**, que hemos sabido mucho después de que fuera realizada, la siguiente fue la **Encarnación**.

La Encarnación la conoció, después del cielo evidentemente, la Virgen María la primera y el segundo fue **José**. José fue introducido en el misterio porque Dios le llamaba a formar parte sin ser protagonista directo, porque él va a contemplar el misterio y **va a recibir la misión de ser custodio de Jesús y de María**, él fue enseñado por Dios, y el Señor que había realizado este misterio le dio a conocer a José la misión que él tenía junto a María y Jesús, que va a ir aprendiendo poco a poco.

Conocido el misterio se le dice lo que tiene que hacer, y lo que tiene que hacer es poner el nombre al Niño que va a nacer, y para ello evidentemente antes tiene que acoger a María **«No tengas miedo en acoger a María tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo, y este que va a nacer es Jesús “Dios salva” y es “Dios con nosotros»** son los dos nombres que le da al Niño.

Y José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a María, su mujer, y todo esto Dios se lo manifiesta a José en sueños, es decir, que claramente José tiene una manifestación de Dios aunque tiene que ejercer la fe, ¡claramente tiene que ejercer la fe!, aunque el Señor le da a entender el misterio. Hasta aquí contemplamos un poquito lo que hemos escuchado y lo que nos invita a meditar este misterio.

Pero ahora vamos a pensar un poco, José no dice nada en todo el Evangelio, quiere esto decir que **es un hombre de silencio, es un hombre que está a la escucha, que está abierto a Dios y que sabe indagar en el corazón y preguntarse sobre las cosas, sobre el misterio de Dios y sobre los hechos de Dios que le desconciertan**, porque el embarazo de María sabiendo que él no tiene nada que ver, ese embarazo es un desconcierto para él.

Lo siguiente es que José se pregunta en el corazón, es el hombre de fe que es introducido en el misterio de Dios, como es un hombre de fe Dios le comunica sus secretos, es amigo de Dios, y es un hombre que cuando Dios habla al corazón sabe que es Dios mismo quien le está hablando cree, *aunque para creer lo que te ha dicho Dios ya hay que echarle fe, ¡hay que echarle mucha fe!*, porque para nosotros es más fácil creer en la Encarnación pues es nuestra fe, pero en cambio a José se le manifiesta de primeras.

Y por último **José cree haciendo lo que Dios dice**, es decir, que **José nos enseña que creer nace del corazón**, que por supuesto tiene que llevar a hablar y hablar de Cristo y a manifestar la fe, pero que la fe se muestra sobre todo con hechos, que no es cuestión de hablar mucho ni de mucha verborrea cristiana, que lo que hay que hacer es lo que Dios quiere, **así se manifiesta la fe haciendo lo que Dios quiere**.

Si nosotros cogemos la Escritura nos damos cuenta de que esto mismo fue lo que pasó con Abraham, Dios habló a Abraham, le dijo que saliera de su tierra, que le iba a bendecir ¡y Abraham no dijo ni palabra!, salió y se puso en camino, quiere esto decir, que el Señor está esperando de nosotros que seamos hombres y mujeres de fe.

El mundo cambia porque alguien cree, Mesopotamia estaba llena de gente Dios llamó a uno solo, y gracias a que ese uno solo contestó nosotros estamos aquí. En Palestina había cantidad de gente, pero solo María y José conocieron el misterio al principio, luego vendrá Isabel, Zacarías, Juan,...; **Dios hace las cosas llamando al corazón de las personas**, y tenemos que estar atentos a esto para poder vivir la Navidad, porque la Navidad nació porque alguien creía, y alguien hizo lo que Dios pidió, primero María, luego José, y **José tiene la vocación de creer y de recibir a María y a Jesús.**

En la vida cristiana a veces nos hacemos unos líos de miedo, *hay gente que se pregunta muchas veces que quizás esto de la Virgen es demasiado, que somos demasiado marianos los católicos*, pues mirad es Dios quien dice: **«acoge a María»**, al primero a quien se lo dijo fue a José, **¡acoge a María!**, porque si no acoges a María no viene Jesús, ¡no viene Jesús!

Nosotros en este camino del Adviento miramos a José y **descubrimos que como José estamos llamados a recibir los tesoros de Dios, que son María y Jesús, a cuidarlos acogerlos en nuestra vida y a poder custodiarlos en este mundo y poder mostrarlos a la gente.**

La Navidad tenemos que aprender a vivirla como nos está manifestando la liturgia, **Juan Bautista el gran profeta, José el hombre de Dios, el amigo de Dios, el justo.**

Señor te pedimos en esta tarde que nos ayudes a acoger a san José en nuestra vida, y nos ayudes a mirarle y a aprender de él, a tener su fe, a tener su fidelidad y a tener su amor a María y a Jesús, que como él, Señor, sepamos acogerte a ti y María en nuestra vida.

Que así sea



El anuncio a Zacarías

Jueves, 19 de diciembre de 2013

Textos: Jc 13, 2-7.24-25; Salmo 70; Lc 1,5-25

Como vemos en el evangelio de san Lucas, nos encontramos como un gran díptico, como dos grandes hojas que se superponen una a la otra, que son **el anuncio de la concepción de Juan Bautista**, y **el anuncio de la concepción de Jesús**, llenas de similitudes y llenas de diferencias decisivas, la más importante de todas es que se anuncia una concepción de Juan de padres mayores hasta entonces estériles, pero que va a venir por medio de una unión de los padres, mientras que el anuncio de la llegada de Jesús, del Hijo de Dios hecho hombre, es a través de una concepción virginal por obra y gracia del Espíritu Santo, esto es decisivo.

Luego hay otra cosa que ciertamente llama la atención, que frente a la incredulidad de Zacarías encontramos la fe maravillosa de María. Pero la Iglesia nos hace descubrir en este anuncio a Zacarías sobre todo que llega el que va por delante de Jesús, **el precursor del Salvador que es Juan Bautista**, que es precursor en su vida de los grandes misterios del Señor y lo primero de su nacimiento.

Su concepción, primero, y su nacimiento nueve meses después, es como una intervención de Dios, diferente en el caso de Juan Bautista de la de Jesús, pero una intervención de Dios, él también va a ir por delante porque va a ser como Jesús un regalo de Dios.

Y en esa concepción y posterior nacimiento de Juan Bautista que va por delante de Jesús, con una intervención de Dios hay también un anuncio del cielo, Dios anuncia que va a venir Juan como un regalo de Dios y Juan es consagrado a Dios, como el caso de Sansón que es un caso similar, un matrimonio mayor que no tenía hijos y que Dios le anuncia que les va a dar un hijo, ese hijo va a estar consagrado a Dios desde el seno de su madre y Sansón va a ser el liberador del pueblo, pues Juan Bautista es consagrado a Dios desde su concepción, desde el seno de su madre y es figura del gran consagrado que es Jesucristo, que es el que Dios ha consagrado con su sello.

Tenemos aquí la gran introducción al misterio de Jesús, Jesús viene porque Dios nos lo da y el gran anuncio de esto viene a través de Juan, que es un regalo de Dios, cuando los padres ya están resignados a aceptar lo que no hubieran querido nunca, que es no tener hijos, Dios les sorprende con lo que tanto desearon y tanto pidieron pero que ya no esperan, que es tener un hijo.

Aquí vemos como hay muchos pasajes de la Escritura que nos ayudarían a entender esto, resuena por ejemplo el libro de Tobías cuando el arcángel san Rafael dice cómo **todas las oraciones de Sara y de Tobías habían sido escuchadas, habían llegado al cielo**.

La oración de Zacarías y de Isabel que eran buenos, que eran fieles, había llegado al cielo y viene la respuesta, pero la oración no es sólo la de Zacarías e Isabel sino la oración del pueblo de Israel que está esperando al Mesías, la verdadera oración que ha sido escuchada es Israel que está pidiendo al Señor: **«Señor, manda de una vez a tu Salvador»**, llega el Salvador y el signo de ello es que viene el precursor, viene el nuevo Elías delante de Él.

Y lo nuevo aquí es que ¿cómo es posible que si Zacarías no cree suceda la concepción? Porque normalmente el Señor pide fe para obrar, ¡es un misterio!, porque a Pablo también el Señor se le apareció cuando precisamente no andaba buscando a Jesucristo sino todo lo contrario, **evidentemente el Señor interviene**, pero nunca olvidemos que un matrimonio es cosa de dos personas y consta la incredulidad de Zacarías, intuimos la fe inquebrantable de Isabel detrás de él, quiere esto decir, que **el Señor suple la falta de fe de los sacerdotes con la fe firme y estable del pueblo, de manera que a pesar de la falta de fe de los que deberíamos ser ejemplos de fe, el Señor tiene quien crea para poder hacer su obra.**

Y esto es muy importante para nosotros, fijaos que la primera lectura que hemos escuchado como el caso de Abrahán o Ana la madre de Samuel, Dios varias veces elige a un matrimonio que no tenía hijos para manifestar que Él daba el don de un hijo y, sobre todo, que el caso es el nacimiento del pueblo, el pueblo nace con Abraham, entonces Zacarías entra en el templo porque es el sacerdote del Dios de Abraham, es decir, aquel que sin tener hijos, Dios le prometió y le concedió un hijo, fijaos que contradicción es que entres ahí Dios te diga lo mismo y tú no creas.

El Señor hoy ¿qué nos está diciendo? Que nosotros no podemos caer en esta contradicción de tener una fe en la que no creemos, porque ese es nuestro verdadero mal, tener una fe que luego no es práctica, en cuanto parece que en nuestra vida tenemos que depender algo de Dios o tenemos que confiarnos a Dios *entonces ya no creemos*; y esto ¿qué nos hace? Pues ser infelices, porque no hay mayor desgracia para un creyente que haber elegido a Dios y no vivirlo.

Juan Bautista va a ser un hombre de fe, su vida va a suplir la falta de fe, con creces, que tuvo un momento su padre, porque su padre aprendió, fue como David: a David el Señor le tiró de las orejas, reconoció su pecado y se convirtió. Zacarías enseguida va a guardar ese silencio que Dios le impone y va a estar para cantar la gloria de Dios, va a alabar al Señor.

El Señor a veces nos tiene que dejar mudos como a Zacarías, porque no le dejamos otra opción, porque ¡fijaos!, **ser cristiano es estar llamado a ser testigo del Señor, pero no puede hablar de Cristo el que no escucha y cree, sólo el que escucha y cree puede hablar, porque no podemos hablar si antes no hemos acogido en el corazón, y no podemos acoger en el corazón si no tenemos disposición de escuchar.**

Todo esto ¿qué nos dice? Pues mirad, que las grandes obras de Dios, lo más grande que ha hecho el Señor es hacerse hombre, y ¿cómo ha hecho Dios eso? Entrando en la historia y escogiendo un puñado de personas, **José y María**, que veíamos ayer y ahora **Juan**, y sus padres primero que son **Zacarías e Isabel** y punto, no hay más, y con este sexteto incluido **Jesús**, pues Dios se manifestó al resto del mundo.

Entonces, ¿qué nos está pidiendo el Señor ahora? Pues que nosotros también tenemos que ser hombres y mujeres de fe, y que desde el bautismo estamos consagrados a Dios, ¡por nuestro bautismo! San Pablo, San Pedro y los primeros cristianos se llamaban unos a otros “*santos*”, no porque fueran santos de canonizar todavía; “*santos*” ¿qué significa? Los que habéis sido santificados por el bautismo.

Nosotros estamos consagrados al Señor y nuestra vida consiste en llegar a ser verdaderamente hijos de Dios, y a ser testigos del Señor como Juan Bautista.

Señor, en esta tarde, en este camino que estamos haciendo del Adviento, queremos pedirte que podamos reconocer el misterio que tenemos, como Juan Bautista, de haber sido elegidos desde toda la eternidad, amados y llamados por ti desde el seno de nuestra madre, que estamos llamados a ser cristianos y a vivir de ti.

Enséñanos, Señor, como Juan, a ir por delante de ti preparándote el camino, ayúdanos a ser testigos tuyos, danos un corazón lleno de fe para escuchar y creer tu palabra, a guardarla en el corazón para vivirla en nuestra vida, y para anunciarla con todo nuestro ser.

Que así sea



El misterio de la Anunciación

Viernes, 20 de diciembre de 2013

Textos: Is 7, 10-14; Salmo 23; Lc 1,26-38

Hemos llegado en el camino del Adviento a un día clave, el día más importante antes de la Navidad, que es **el día de la Anunciación, el día del Sí de María**, el día donde el Señor manifestó su plan de salvación, manifestó la elección que había hecho de María y le manifestó a la Virgen, que Él quería hacerse hombre, esperando su “sí” para que se hiciera realidad el misterio, para que Dios se hiciera hombre para salvar a los hombres.

Y en toda la humanidad hay una sola persona a la que se le da a conocer en principio el misterio, luego lo conocemos muchísimos pero en principio una persona, que es María, esa persona conoce con claridad en qué consiste el misterio y conoce con claridad que es lo que se le pide, y con claridad María responde como Dios esperaba. Una respuesta que no es simplemente decir “bien, vale”, no es simplemente decir “me parece bien”, sino que es decir “sí” y darse para que Dios tome el ser de la Virgen y pueda realizar un acontecimiento que no puede ser sin la propia entrega de María, María se entrega totalmente para que en ella y de ella sea concebido el Hijo de Dios encarnado, Jesucristo, Dios y Señor nuestro.

Este el misterio maravilloso, el fruto de esto es que Dios está entre nosotros oculto en ella, hasta el nacimiento durante nueve meses Dios está ya de una manera totalmente nueva en medio del mundo, porque Dios se ha hecho hombre de verdad y para siempre, y ese Dios que se ha hecho hombre de verdad y para siempre está oculto en las entrañas purísimas y virginales de María, nuestra Madre.

En este misterio lo primero de todo es contemplar admirados la manera de actuar de Dios, contemplar admirados, gozosos y agradecidos la respuesta fiel y la entrega total de la Virgen, comprender que, si nosotros estamos aquí y si existe de verdad la Iglesia y el cristianismo ha nacido, es porque María ha dado ese “sí” por todos nosotros y para siempre.

Por otra parte, cómo no, al contemplar la Anunciación, el Señor en este Adviento nos hace una llamada a acogerle como lo acogió María, a dar un sí de verdad al Señor, ¡un sí de verdad!, porque celebrar los misterios de Cristo es descubrir cómo al celebrar el misterio, el Señor, hoy, ¡hoy de nuevo!, quiere hacer vida ese misterio en la Iglesia y en los cristianos de una manera nueva.

Y evidentemente ese misterio nos toca a todos nosotros, a los que estamos aquí, porque el Señor hoy nos está interpelando y nos está diciendo que Él quiere entrar de manera nueva en nuestra vida, y nos está pidiendo **un sí como a María para acogerle**, y esa acogida a Jesucristo no es simplemente decir un sí para que él pueda entrar sin más, sino que es decir **un sí que reclama todo nuestro ser, para transformarnos y para que Cristo nazca en nosotros, para que crezca en nosotros, para que de verdad muera el hombre viejo y renazca totalmente el hombre nuevo en nosotros, para que nos revistamos, como dice san Pablo, de Jesucristo.**

Y esta es la verdad de la renovación del misterio de la Anunciación y de la Encarnación: si Cristo toma cada vez más carne en cada uno de nosotros, si el Señor renace cada vez más en cada uno de nosotros.

Te damos las gracias Señor en este día en que vivimos en el Adviento el día clave de la Anunciación y de tu Encarnación; te damos las gracias porque te has fijado en María, porque la has elegido para ser tu Madre, porque nos las ha dado también como Madre nuestra.

Te damos las gracias porque en tu humildad quisiste hacerte hombre por obra y gracia del Espíritu Santo y a Él confías tu obra en nosotros; haznos dóciles a su acción, haz que nos abramos al Espíritu Santo para que Él pueda hacer obras grandes en nosotros.

Y te damos la gracias a ti María, por haber dicho que “sí”, porque Dios ha querido que te debamos a ti tanto como a Él, porque todo lo que Él dispuso y preparó no hubiese sido posible sin la respuesta que tú le diste.

Hoy comprendemos cada vez más que la Iglesia es como tú, que está llamada a “ser María”, para poder dar como tú un “sí” a Dios que le permita entrar y obrar de nuevo en el mundo, hacerse presente y hacerse cada vez más vivo en medio de nosotros a través de los cristianos; haz María que comprendamos que estamos llamados como tú a llevar a Cristo oculto pero vivo en este mundo para que pueda manifestarse y actuar en el mundo.

Que así sea



El misterio de la Visitación

Sábado, 21 de diciembre de 2013

Textos: So 3,14-18; Salmo 32; Lc 1,39-45

Lo que precede al nacimiento del Señor sabemos muy bien que es, ante todo, la Encarnación que contemplábamos ayer, el **sí de María** que abre los cielos, y por obra y gracia del Espíritu Santo desciende el Hijo de Dios y se hace hombre en las entrañas virginales de María; y **María se convierte en templo del Dios vivo**, no sólo porque habitada por la gracia, ya habita Dios en ella, sino que de una manera completamente nueva, Dios se ha hecho hombre en ella, y **María es el arca de la Alianza, la que lleva a Jesús, la que es portadora del Señor.**

Y el misterio es que el Señor ha querido que María no quede simplemente en este misterio oculta, sino que la ha hecho salir de su casa y **la ha hecho visitar a su prima Isabel**, y como María lleva al Señor dentro se produce ese misterio maravilloso, y es que Jesús, del cual brota el Espíritu Santo, toca el corazón de Juan, y Juan hace saltar de gozo a Isabel, de manera que Juan se mueve, Isabel se goza y esto la hace cantar, porque el Espíritu Santo la mueve a alabar a María y a Jesús: **«Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre»**, que es Jesús, y termina alabando a María: **«Feliz tú que has creído que se cumplirían las cosas que te fueron dichas de parte del Señor».**

La Iglesia nos invita a contemplar también el misterio del **Magnificat**, que es lo que viene a continuación, **es el gran canto de la Virgen: a la alabanza que hace Isabel, María responde alabando a Dios, nos invita a todos a alabar al Señor.**

Y lo que la Iglesia nos invita a contemplar, especialmente hoy, es lo siguiente: **quien lleva a Cristo se hace irradiador de la luz, de la vida y del Espíritu Santo en medio del mundo, aquel que ha recibido a Cristo puede irradiar el Espíritu Santo**, este es el gran misterio de la Visitación. **María lleva a Jesús y quien lleva a Jesús hace que se produzcan cosas, hace que a los hombres les remueva el Señor.**

Le vamos a pedir al Señor precisamente hoy esto, que como María que fue portadora del Señor nosotros también estamos llamados a ser portadores de Jesús, para que Jesús pueda tocar los corazones de los hombres. **Sólo quien ha sido transformado puede ser verdaderamente testigo que produce la bendición de Dios en medio del mundo, quien no tiene al Señor hará muchas cosas, pero no será irradiador de la bendición de Dios.**

Señor, en esta mañana queremos darte las gracias por las obras maravillosas que has realizado en María, tu Madre, que es para nosotros modelo de vida cristiana, primicia de la Iglesia.

Danos un corazón como el de Isabel, capaz de reconocer la acción del Espíritu Santo, para que podamos bendecir a María y bendecirte a ti.

Haznos portadores, como María, de ti en medio de los hombres para que seas tú, el bendito de Dios, el que irradie la bendición de Dios.

Haznos creer en tu palabra, haznos portadores de tu presencia, para que en medio de este mundo se irradie tu bendición por siempre.

Que así sea



IV Domingo de Adviento

José, el hombre de Dios

22 de diciembre de 2013

Textos: Is 7,10-14; Salmo 23; Rom 1, 1-7; Mt 1,18-24

¿Cómo podemos preparar mejor la Navidad? Creo que el Evangelio de hoy nos puede ayudar; **de la mano de José le pedimos a Jesús que nos ayude a celebrar con gozo su nacimiento**. Para poder celebrar la Navidad tenemos que darnos cuenta de que el misterio de Cristo, la Encarnación, tiene dos momentos.

Uno, el que vamos a celebrar en la Nochebuena y día de Navidad con mucho gozo, y es que ha nacido Jesús. Esto quiere decir que ha sido dado a luz, que le podemos ver, que María lo puede coger, lo puede abrazar, también José, luego lo van a adorar los pastores, los magos. Pero esto fue posible porque primero Jesús, como cualquier niño, ha estado primero en el seno de la Virgen, porque ha sido hombre como cada uno de nosotros, porque ha pasado nueve meses en el seno de su madre.

Sobre esto se medita poco y es muy importante, porque ¿vosotros os dais cuenta que Dios, que es infinito, está metido pequeñito en el seno de su madre? Esto es verdaderamente impresionante, ¡impresionante! Porque Dios se tiene que hacer pequeño para llegar a nosotros, y **el Señor para poder manifestarse en esta vida primero quiere entrar dentro, porque si no le acogemos como María dentro de nosotros, el Señor no podrá estar en nuestra vida**.

Por otra parte, de la mano de José aprendemos también algunas cosas. La primera, que **Jesús viene por María**, no hay otro camino; y a él se le pidió acoger a María para acoger a Jesús, nos lo ha dicho muy claro el Evangelio: «**no tengas miedo en acoger a María, tu mujer, porque la criatura que está en su vientre viene del Espíritu Santo**», y al final, después de que despierta del sueño, lo que hace José es hacer lo que le había pedido el Señor por el Ángel en el sueño.

¿Cómo podemos celebrar bien la Navidad? Acogiendo más a María en nuestra vida, porque es María la que nos enseña a acoger a Jesús, porque ella fue la que lo recibió y nadie como ella nos puede enseñar a hacerlo. A José se le anuncia el misterio; él lo pasó mal, porque hubo un momento en que él no entendía, él se había desposado pero todavía no se había celebrado la boda, y María estaba en estado, estaba esperando un niño, y José buscó a Dios, buscó al Señor de corazón: **¿qué hacer?, ¿qué hacer?**

A nosotros a veces nos pasa también que cuando el Señor se acerca a nuestra vida a veces no nos resulta fácil acoger al Señor, porque el Señor nos complica la vida y nos la cambia. A José le cambió completamente la vida, porque el misterio de Jesús que viene en María le cambió completamente todos los planes que él tenía. A nosotros también el Señor si le dejamos entrar nos cambia la vida, y desea cambiarnos la vida, y no tenemos que tenerle ningún miedo.

José, después de María, es el primero que conoce la maravilla del misterio, el misterio es que Dios, por obra del Espíritu Santo, sin que María tenga relación con José ni con ningún hombre, ha concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y Dios se ha hecho hombre en sus entrañas.

Pues entrar en este misterio de Dios que se hace hombre es lo que le tenemos que pedir al Señor: «**Jesús, haznos comprender el amor que nos tienes. ¿Por qué has querido hacerte hombre como nosotros? Enséñanos a descubrir esta etapa de tu misterio: ¿cómo viniste**

siendo Dios metido en el vientre de María? ¡Qué grande eres Dios, que te has hecho como yo, como cada uno de nosotros, escondido en el seno de tu madre y así nos descubres que has sido solidario de todos los que han sido concebidos en un vientre, tú has estado allí y lo has vivido!».

Dos cosas más que tenemos que aprender de José. La primera, José no dice *ni palabra* en todo el Evangelio, no dice “*ni mu*”, evidentemente dijo muchas cosas, pero el Evangelio no nos dice nada, quiere esto decir que ante todo José era un hombre de silencio, lo que nos presenta el Evangelio sobre todo es una mirada a su corazón, porque en vez de ser dado a decir muchas cosas y hacer poco, José no habla pero hace, hace lo que Dios le pide, y lo hace sin chistar, sin protestar, como quien no hace nada, con el gozo de conocer por fin lo que Dios quiere.

Nosotros necesitamos hacer silencio en el corazón, porque si no haces un poco de silencio no podemos conocer a Dios, el misterio se nos pasará y no descubriremos la hondura de lo que tenemos delante, y José nos enseña lo que dice nuestro refrán que “*obras son amores y no buenas razones*”, que sobre todo lo que Dios espera es que hagamos lo que Él quiere. Muchas veces podemos decir muchas cosas pero al final lo que está esperando el Señor es que nosotros hagamos lo que Él quiere, pues hoy **José nos enseña la grandeza de ser de Dios.**

El gran padre del pueblo hebreo, Abraham, cuando Dios le llamó, le dijo: «*sal de tu tierra y ve a la tierra que yo te mostraré*», y Abraham no dijo *ni palabra*, se puso en camino y fue a donde Dios le dijo. José es el gran sucesor de Abraham, el gran bendito de Dios como nos ha dicho el Evangelio, el hombre Justo, es decir, el hombre conforme a Dios, es el hombre que busca de corazón conocer de verdad lo que Dios le pide, que ama descubrir la verdad, que sabe que en conciencia tiene el deber de conocer la verdad y esa verdad conocida vivirla con fidelidad.

Nosotros queremos pedir al Señor hoy también esto, aprender de José, aprender a hacer lo que Dios quiere, sin que se note, sin llamar la atención, sin hacer ruido, descubriendo que José hizo lo que el Ángel le pidió y fue posible Belén, fue posible Nazaret, fue posible la Sagrada Familia, fue posible que el Señor viniera a este mundo sin problemas ni escándalos, porque él supo asumir su papel.

Para conocer lo que Dios quiere de cada uno es necesario recogerse, es necesario preguntar a Dios, es necesario, a veces, pasarlo un poco mal, porque Dios no habla a la primera, le gusta ver que le preguntamos de corazón, buscarle, interrogarle, pedirle, y, cuando Dios nos manifiesta lo que quiere, vivir el gozo de realizarlo con sencillez, con humildad, como quien hace un servicio gozoso de amor.

Señor, te damos las gracias en esta mañana por San José, dicen que es el patrono de los santos de segunda o de tercera, porque primero va Jesús, luego María y luego José, pero delante del pueblo hebreo era el primero, porque primero nombran a José, luego a María y luego a Jesús.

Señor, queremos darte las gracias por José, y queremos pedirte que nos enseñes a aprender de él.

Santo José entra en nuestra vida y enséñanos como tú a acoger a María y a Jesús.

Que así sea



Solemnidad de la Natividad del Señor

Miércoles, 25 de diciembre de 2013

Textos: Is 9,1-3.5-6; Salmo 95; Tt 2, 11-14; Lc 2,1-4

Hemos pasado la Nochebuena y hay una pregunta: **¿le has dicho algo a Jesús?** Porque Jesús ha nacido. Cuando nace un niño, cuando nos acercamos a un niño, podemos cogerlo y decirle algo, aunque no se entera de nada, pero le decimos muchas cosas, porque le queremos transmitir muchas cosas.

Estamos en Navidad y la pregunta es: **¿le has dicho algo a Jesús esta Navidad?** Porque Él ha nacido por nosotros, ha nacido por ti y ha nacido buscando alojamiento. Los misterios del Señor perduran siempre, porque Cristo es Dios, es hombre pero es Dios y lo que ha vivido permanece para siempre.

Cuando vemos a un niño pequeñito, sobre todo cuando más pequeño es, recién nacido, queremos transmitirle muchas cosas aunque no nos entiende, **pero Jesús sí nos entiende, nos entiende muy bien, y está deseando que le digamos cosas, ¡pero de verdad!, no cosas por decir algo, ¡sino cosas de verdad!, que lo que le digáis salga del corazón y tengáis intención de hacerlo realidad.**

La Navidad es una maravilla, es un bendición y tantas cosas bonitas, pero tiene el peligro de que lo más importante que es Jesús, llegar a Jesús, recibir a Jesús, pues pase desapercibido, y nosotros no queremos que pase desapercibido, le pedimos a Jesús hoy que le miremos, que nos quedemos extasiados, verdaderamente maravillados de que Dios se había hecho un niño pequeño, débil, pobre, necesitado de todo, que sobre todo busca cariño y así nos está diciendo que no tenemos que tenerle ninguna miedo y que tenemos que aprender a abrir nuestro corazón para abrazar a Dios y dejarnos abrazar por Él.

Además Jesús no sólo quiere que le digamos algo, sino que hoy de manera especial descubrimos que en este **Año de la Esperanza** que estamos viviendo en nuestra Diócesis, que el nacimiento de un niño siempre es un regalo de esperanza, **siempre que nace un niño trae consigo como una gran luz de esperanza**, ¡qué va a ser de este niño, de esta niña!, ¡que será!, todos nos hacemos los mejores deseos para ese niño que esa naciendo a la vida. En el caso de Jesús, Jesús sabía para qué venía, venía lleno de esperanza.

Nosotros tenemos la tradición preciosa de tener los belenes, pero nuestros hermanos cristianos de Oriente tienen los iconos. En ellos aparece el Niño Jesús al lado de la Virgen y vemos al Niño Jesús que está fajado, está fajado como cuando van a enterrar a alguien y ¿por qué aparece Jesús así? Porque Jesús ha nacido para dar la vida por nosotros, ha nacido para amarnos hasta el extremo, para morir y resucitar, no sólo para morir, sino sobre todo para morir y resucitar, para salvarnos. Pero Él sabía lo que iba a hacer, pero **el Niño que nace venía lleno de esperanza por lo que esperaba de ti, ¡por lo que esperaba de ti!**

Hoy celebramos la Navidad y miramos al Niño Jesús y le preguntamos: **Jesús y tú ¿qué esperas de mí? Gracias Señor por permitirnos celebrar una Navidad más tú Santo Nacimiento.**

Queremos no sólo ser como los Ángeles que están llenos de gozo, no sólo como los pastores que acogen con fe y humildad la noticia, queremos ser sobre todo como María y como José que te recibieron siempre y nunca ahorraron sacrificios por serte fieles y por tenerte siempre contigo.

Ayúdanos Señor a acogerte de corazón, a decirte de verdad lo que llevamos en el corazón y que podamos cumplir lo que Tú esperas de nosotros.

Que así sea



San Juan, apóstol y evangelista

Viernes, 27 de diciembre de 2013

Textos: 1 Jn 1, 1-4; Salmo 96; Jn 20, 2-8

La Iglesia nos invita a celebrar la fiesta de san Juan evangelista y apóstol que verdaderamente es para nosotros un verdadero testigo de Cristo, que ha tenido la gracia de conocer al Señor, de poder ser apóstol y de transmitirnos a Cristo a través de la palabra inspirada.

Sabemos cómo la Iglesia especialmente nos invita estos días nos invita a contemplar el misterio que él nos ha transmitido: «**la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros**», **Jesús**. Vemos al Niño Jesús y reconocemos en él a Dios hecho hombre por nosotros.

De san Juan quisiera decir, brevemente, algunas cosas que nos ayuden a introducirnos en el clima de ejercicios que queremos entrar ya, al llegar a esta casa.

Primero, que todo parte para Juan de conocer a Jesús. Jesús es Dios hecho hombre, él ha conocido a Dios Amor y para él todo parte de aquí, de haber conocido a Cristo y de haber conocido el amor de Dios.

Nosotros no podemos ser cristianos si no conocemos al Señor, por eso todo parte de una luz nueva, de que **Dios se hizo hombre y acampó entre nosotros**, esta es la gran gracia que hemos escuchado, hemos palpado al Verbo de la Vida.

Conocer a Dios, si tú conoces al Señor ¿qué sucede? Que esto te lleva a dar una respuesta, hemos conocido el gran amor que Dios nos tiene, la gran respuesta a lo que Dios ha hecho por nosotros, el misterio de la Encarnación redentora es la respuesta del amor.

Al conocer a Cristo estamos llamados a amar, y ese amor tiene par san Juan, sobre todo, dos facetas importantísimas, la primera es dejarse a amar por Él, Dios nos ama siempre primero, por eso nos tenemos que **dejarnos amar por Dios**, lo cual no es tan evidente, tenemos que aprender a dejarnos amar por Dios.

Lo segundo, aprender a amar como Él nos ama, por eso en esa respuesta de amor dejándonos amar por Dios, tenemos que **entregarnos de veras al Señor y amar a los hombres como Él nos ama**.

Y tercero, en ese amor de Juan está el ser testigos, es impresionante cómo esto atraviesa todo su Evangelio, sus Cartas el Apocalipsis, quien ha conocido al Señor y se siente llamado y tocado por Él a vivir el amor de Dios, tiene que ser su testigo en medio del mundo, testigos del amor de Dios, testigos del resucitado.

La Iglesia en medio del clima de la Navidad nos pone este Evangelio: cómo el discípulo amado Juan, aquel que reclinó la cabeza en su costado, es el que ha sido testigo de Cristo resucitado. **Estamos llamados a ser testigos del Señor.**

Y por último, Juan tuvo la gracia grande de recibir a María como regalo de Jesús, fue el testamento último de Jesús en la Cruz; antes de morir de Jesús le dio a Juan a María como Madre.

De la mano de Juan queremos acoger a María como Madre, y que ella nos enseñe a acoger y amar a Jesús como ella lo hizo, y para que de su mano podamos vivir estos ejercicios, que esperamos y deseamos que tengan un fruto inmenso en nuestra vida.

Que así sea



Los Santos Inocentes, mártires

Sábado, 28 de diciembre de 2013

Textos: 1 Jn 1, 5-2,2; Salmo 123; Mt 2,13-18

La Iglesia desde ayer nos hace escuchar la primera carta de san Juan en la primera lectura. Antes de comenzar algo de las lecturas, quisiera decir una cosa muy importante: pidamos al Señor que nos haga redescubrir todas las cosas que tenemos en nuestra vida de cada día y que son para nosotros fundamentales en nuestra vida cristiana, y una de ellas es lo que podríamos llamar **el Pan de la Palabra de Dios**.

La Palabra de Dios es un alimento que el Señor nos da para cada día, la Palabra de Dios está llamada a ser alimento de nuestro corazón, de nuestra alma, de nuestra vida cristiana, y esa Palabra que Dios ha dejado en la Sagrada Escritura está deseando alimentar nuestra vida.

El camino ordinario es lo que recibimos en la Palabra de la Misa de cada día, pero esa palabra también la podemos recibir por otros caminos, desde la lectura que podamos tener habitual o por muchos medios; pero la Iglesia nos invita de manera general a escuchar y recibir la Palabra que nos da en la celebración de la Eucaristía de cada día.

En este tiempo de Navidad junto a los misterios que vamos viendo, antes de ayer celebrábamos al primero de los mártires san Esteban, ayer celebrábamos a san Juan evangelista y apóstol, y hoy celebramos a los **Santos mártires Inocentes**, a los niños, pero la Iglesia nos ha puesto la primera carta de san Juan ¿por qué? Porque san Juan ha sido testigo privilegiado del misterio de la Encarnación, y además es que él se ha sentido tocado, especialmente, por este misterio de Dios que se hace hombre, y a través de la humanidad nos hace conocer a Dios.

Desde ahí nos metemos un poquito en las lecturas. En la primera lectura hemos escuchado tres cosas preciosas; no sé si os habéis dado cuenta, pero ha dicho tres cosas sobre Dios, tres, que **Dios es Luz**, que **Dios es Fiel** y que **Dios es Justo**.

Cuando nosotros estamos buscando a Dios es muy importante que sepamos con quién estamos hablando, **Dios es Luz, Dios es Justo, Dios es Fiel**. Esta palabra nos la dirige hoy, el Señor para que la abracemos y sea una palabra que entra como una semilla dentro del corazón.

Dios es Luz. Si nosotros leemos el Evangelio y las cartas de san Juan vemos que aparece tres afirmaciones sobre Dios: en el evangelio de san Juan dice que **Dios es Espíritu**; y en la carta dice primero que **Dios es luz** y luego dice que **Dios es Amor**. Eso de que Dios es amor nos gusta mucho, pero atención dice tres cosas: **Dios es Espíritu, Dios es Luz, Dios es Amor**.

La luz ¿qué tiene que ver? Es una imagen que tiene que ver sobre todo con la vida, la luz nos evoca al misterio de Dios que es vida y que es luminoso y donde la luz llega allí hay vida, todo se ilumina. Por contraste ha dicho san Juan que en Él no hay oscuridad, que no hay tiniebla alguna, es lo contrario, donde hay luz no hay tiniebla. Esto ¿qué quiere decir? Pues es la llamada a que el hombre descubra en Dios la luz de la vida, de hecho san Juan dirá de Cristo que en Él estaba la luz, en Él estaba la Vida y la Vida era la luz de los hombres.

Hoy el Señor nos llama a descubrir que Él es la luz de nuestra vida; que veamos cómo Él quiere poner luz en nuestra vida.

Segundo, **Dios es Fiel**. Hay esperanza porque Dios es fiel siempre, Dios nos ha pensado, nos ha amado, ha creado todas las cosas y es fiel a sí mismo y fiel a todo lo que dice y hace en nuestra vida. Dios no se va a echar atrás y esa fidelidad le va a hacer crear caminos a pesar de todos los enredos que podamos hacer los hombres. Lo que pasa es que esa fidelidad de Dios no sigue siempre los caminos que nosotros esperamos, tenemos que descubrir los caminos que Dios tiene para llevar adelante esa fidelidad.

Y tercero, **Dios es Justo**. Dios hace las cosas para que sean según su voluntad, justo es aquello que es conforme al querer de Dios, a la voluntad de Dios. Por eso nosotros estamos llenos de esperanza, porque Dios no va a permitir que el mal triunfe, Dios va a actuar siempre para que al final pueda vencer el bien y esto nos llena de esperanza.

Ha dicho san Juan, para explicar todo esto, que tenemos uno que abogue ante el Padre: es Jesús, el Justo, porque Dios ha realizado la redención de los pecados y dice: «**si alguno dice que no tiene pecado miente y hace a Dios mentiroso**», porque el gran testimonio de Dios es que ha enviado a su Hijo para salvarnos de los pecados, ha enviado a su Hijo como Redentor y ha venido para darnos la salvación, la sangre de Jesús nos purifica de nuestros pecados, nos ha dicho san Juan. Cristo ha venido como Salvador y como Redentor de manera que sabemos que el pecado no tiene la última palabra, porque **Dios es Luz, Dios es Justo, Dios es Fiel**.

La primera lectura nos devuelve **la paz, la luz, la esperanza y la alegría** y Jesús esta siempre delante del Padre intercediendo por nosotros, más aún, san Juan ha dicho una cosa fortísima, «**Él es víctima de propiciación por nuestros pecados**» y «**la sangre de Jesús nos purifica**», es decir, que Cristo esta ofreciéndose siempre al Padre por nosotros y gracias a esa ofrenda permanente de Jesús nosotros podemos encontrar siempre perdón, purificación y salvación. Esto que hemos escuchado es lo que vivimos en la Misa: Cristo se hace presente aquí hoy y entre nosotros, renueva su sacrificio que es la ofrenda al Padre por un nuestros pecados, a la vez que purifica comunica la vida.

Vamos al Evangelio de hoy. Quiero quedarme con dos cosas. La primera, la entrada de Jesús en el mundo ha sido cualquier cosa menos algo tranquilo, al entrar en el mundo apareció la persecución y esa persecución provocó que María y José tuvieran que huir, tuvieran que **-emigrar de la "tierra prometida" a la tierra de Egipto-**, y **-de la tierra de Egipto volver de nuevo a la "tierra prometida"-**, de alguna manera toda una imagen de lo que sucedió con los Patriarcas.

El Señor trajo Abraham a la tierra prometida; a José, Jacob y todos los hermanos que fueron a la tierra de Egipto, ahí se asentaron, allí acabaron como esclavos y de allí el Señor los saco de nuevo a la tierra prometida.

¿Que aprendemos de todo esto? Pues mirad, nosotros a veces perdemos la esperanza porque nos hacemos una idea equivocada de las cosas de Dios, pensamos que si conocemos a Dios todo tiene que ir bien ¡y no es así!, ¡tú conoces a Dios y no todo va bien! ¿Que quiere decir que no todo va bien? Va bien lo fundamental que es la relación con Dios, pero eso no quiere decir que no haya problemas; tú vives a Dios y resulta que te vienen los problemas.

La Virgen se entrega totalmente al Señor, viene el gran anuncio esperado y deseado desde toda la eternidad, el anuncio para ser madre y viene el primer problema, porque si Dios no hace algo, María al estar en estado, que es una concepción virginal evidentemente, Dios tiene que obrar algo, porque si no María va a ser rechazada, perseguida y puede ser lapidada.

Dios va a actuar en José, al que se le va a anunciar el misterio y que va a acoger a María, pero después de este gran gozo, de que Dios se ha hecho hombre en las entrañas de la Virgen, va a venir la gran peregrinación a Belén en el momento más inoportuno, y luego viene que nadie le recibe y tiene que dar a luz allí, lo que llamamos el portal de Belén, que no era precisamente una gran habitación, en medio de la pobreza.

Lo siguiente que hay que ponerse en camino porque el rey Herodes persigue a Jesús, y tenemos al bueno de José asumiendo la responsabilidad de cuidar a María y a Jesús, María y Jesús poniéndose en las manos de José, yendo "a la buena de Dios", *nunca mejor dicho*, a la tierra de Egipto, abandonados a la providencia de Dios, porque allí el Señor cuidara de ellos.

Allí en Egipto no se nos describe lo que pasó pero allí encuentran cobijo, y viene la persecución de Herodes, cuando aquello ya ha pasado y Herodes ha muerto a José se le avisa de nuevo vuelve y se establecerá en Nazaret. Esto quiere decir, que la esperanza es aprender a vivir una vida con Dios donde sabemos asumir las dificultades y las contrariedades de la vida.

Que la vida con Dios no es no tener dificultades, sino aprender a vivirlas con Dios, y cómo Dios a través de esas dificultades abre un camino mejor. María y José se dejan conducir por Dios y teniendo a Dios con ellos no les ahorra problemas ni dificultades, **el secreto de nuestra vida está en aprender a vivir con Dios eso que va viniendo de la mano de Dios, eso que Dios permite hay que aprender a vivirlo, porque a través de eso es como Dios nos trabaja y va haciendo su obra en nosotros.**

Y, por último, los **Santos Inocentes, los niños mártires**, abren para nosotros una dimensión fundamental de la esperanza: sin la vida eterna y sin el cielo no habría justicia; **la esperanza nos hace mirar al cielo**, porque en el fondo sabemos que estamos aquí pero que esto no es nuestra patria definitiva. La Iglesia canta a los Santos mártires Inocentes como vencedores, porque a través de esa persecución ellos han obtenido la victoria. El Señor nos enseña a vivir con esperanza en esta tierra, pero la esperanza nos hace mirar al cielo, tenemos que mirar al cielo siempre, y esta mirada al cielo es lo que nos hace saber vivir en la tierra.

Hoy el **Señor que es luz, que es fiel, que es justo**, que intercede siempre por nosotros, nos purifica, nos perdona los pecados y nos comunica la vida, que nos enseña a vivir con esperanza en esta tierra, sabiendo abrazar las dificultades y las contrariedades de la vida, nos enseña a descubrir que tenemos nuestro verdadero hogar en el cielo, tenemos que vivir siempre con esta perspectiva de eternidad, porque nuestro corazón ha sido creado para poder vivir de Dios para siempre.

Señor, en esta mañana queremos poner nuestro corazón en tus manos, para que renueves en nuestro corazón el don de la esperanza. Te pedimos Señor esa gracia grande de una esperanza nueva, para que aprendamos a ser hombres y mujeres que saben vivir con la esperanza puesta en ti.

Que así sea



La Sagrada Familia

Domingo, 29 de diciembre de 2013

Textos: Si 3, 2-6.12-14; Salmo 127; Col 3, 12-21; Mt 2, 13-15.19-23

Estamos sumergidos en el ambiente de la Navidad y hoy la Iglesia nos invita a celebrar con gozo a la **Sagrada Familia, Jesús, María y José.**

Este misterio nos introduce en algo fundamental de la vida del Señor, que Jesús que es Dios hecho hombre, vino al mundo para poder compartir nuestra vida humana y quiso vivir una vida de familia, oculta y escondida. Y esto es realmente es para nosotros toda una luz, porque de lo que más nos habla el Evangelio es de la vida pública del Señor, pero nunca tenemos que olvidar que unos treinta años el Señor los vivió en una vida sencilla, de trabajo, sin que apenas nadie lo notara.

De hecho sabemos cómo cuando el Señor sale a la vida pública, la gente se va a sorprender, y eso va a ser motivo de escándalo e incluso de tropiezo en el camino del Señor, «**¿cómo es posible que tú que has vivido entre nosotros ahora te manifiestes así?**», es decir, sus paisanos de Nazaret estaban asombrados y luego se enfadaron porque **si tú eras el que eras por qué viviste entre nosotros y no manifestaste nada.**

El Señor nos enseña no sólo cuando predica, no sólo cuando hace actos especialmente importantes o llamativos como son los milagros, sino que el Señor nos enseña también con su vida oculta y silenciosa.

La vida de familia de Jesús, nos enseña que Dios está presente entre nosotros en nuestra vida cotidiana. Nosotros tendemos a pensar que es de Dios lo extraordinario, cuando lo verdaderamente de Dios es hacer de Dios nuestra vida ordinaria. Esto es como nuestro gran reto: **que nuestra vida de todos los días sea vida de Dios.**

La maravilla de la vida de Nazaret es que la vida que Dios ha dado al hombre que es el matrimonio, la vida de familia, la vida de trabajo, la vivió el Señor la mayor parte de su vida. Tenemos que descubrir a Dios en lo concreto y cotidiano de nuestra vida, en las relaciones con las personas que Dios ha puesto en nuestro camino, desde levantarnos hasta acostarnos vivirlo todo en la presencia de Dios y todo esto traerlo de manera especial a la Eucaristía, donde el Señor quiere que pongamos nuestra vida cotidiana.

En este día de la Sagrada Familia, el Señor quiere hacernos descubrir una nueva manera de vivir, una vida sencilla, de oración, en su presencia. Hemos escuchado en la primera lectura cómo tenemos que vivir el cuarto mandamiento. Dios nos ha dado los diez mandamientos que tenemos que vivir siempre, porque ese es el principio de una verdadera vida con Dios, no podemos plantearnos una vida cristiana donde no se vivan los mandamientos.

Los tres primeros mandamientos nos hablan de la relación con Dios, los siete siguientes nos hablan de la relación con los demás, y **lo primero que en esta relación pone el Señor es la relación con los padres**, porque quien no sabe acoger el don de los padres y tener un verdadero amor a ellos no puede vivir una verdadera relación con Dios. Lo primero es que hemos recibido la vida a través de nuestros padres, y más allá de los defectos que puedan tener, unas veces más virtudes otras veces más defectos, no se nos puede olvidar nunca que **existimos gracias a nuestros padres**, no se nos puede olvidar jamás. **En este día es importante que demos gracias al Señor por nuestros padres.**

En la segunda lectura, san Pablo habla de la vida cristiana en general, en el capítulo tercero de la carta a los Colosenses, que es un capítulo precioso. Empieza hablando cómo los

cristianos tenemos que vivir buscando los bienes de arriba; lo primero que hace san Pablo es: **hemos recibido la vida de Dios, esa vida de Dios nos hace unidos a Cristo glorioso y resucitado pero cómo esa vida que nos hace buscar los bienes del cielo se traduce en una vida en la tierra viviendo según el Espíritu Santo, según el amor que Dios nos da.**

Nos ha dicho que tenemos que tener entrañas de misericordia, que tenemos que querernos de corazón unos a los otros, que tenemos que escuchar la Palabra de Dios, que tenemos que orar. Todo esto nos habla en el fondo de una serie de actitudes y de comportamientos que tenemos que aprender a tener en familia. Acogemos esa Palabra del Señor que nos llama a vivir la vida cristiana en concreto dentro de la familia y en situaciones familiares.

Y por último, hemos escuchado en el Evangelio, la peregrinación que tuvo que hacer la Sagrada Familia, salir de Belén, ir a Egipto hasta que regresan a Nazaret, de cómo en la vida de familia Dios está presente y nos conduce, en todas las familias se vive ese deseo de criar a los hijos, de cuidarlos y atender a todo lo necesario para que la familia pueda salir adelante, hay que tener todo eso presente, ¡claro, los padres lo sabéis muy bien!, pues la Palabra de Dios nos enseña que todo eso hay que vivirlo sabiendo que Dios está ahí y nos cuida, y abiertos a que el Señor sea el que nos conduzca según sus planes.

En esta mañana, Señor, queremos darte las gracias por la luz que nos da la Sagrada Familia. Tú quisiste vivir con María y José y darnos ejemplo; te pedimos que nos hagas reconocer el don que es nuestra familia en nuestra vida.

Te pedimos por todas nuestras familias, para que las bendigas, para que las hagas crecer, para que estés atento a todas sus necesidades, materiales y espirituales, y queremos pedir especialmente también para que hoy en día, que esta tan en crisis la familia, donde se intenta que la familia no prospere, queremos pedirte para que la familia sea reconocida, sea de nuevo valorada, y para que pueda brillar la luz que tu quieres dar a través de ella.

Que así sea



El ancla de nuestra esperanza

Lunes, 30 de diciembre de 2013

Textos: 1 Jn 2, 12-17; Salmo 95; Lc 2, 36-40

El Señor nos ha traído aquí porque quería salir a nuestro encuentro, y nos ha hablado de algo fundamental en nuestra vida que es la esperanza. La esperanza es una de las expresiones que tiene en nosotros la vida de Dios. Nosotros hemos recibido la gracia, la vida divina en el corazón, y ese es el gran misterio de fe, de la vida de bautizados, porque realmente Dios nos hace participar de su vida.

Otra cosa es que nosotros notemos algo, porque nosotros vamos viviendo y esa vida divina no tiene por qué notarse, normalmente no se nota, y ese participar de la vida de Dios ¿cómo se vive desde el corazón?, es decir, esa vida que Dios ha derramado ¿cómo quiere que nosotros la vivamos? Pues esa vida de Dios en nuestro corazón se expresa, sobre todo, de tres formas: **a través de la fe, de la esperanza y de la caridad**, esas tres virtudes son la expresión de la vida de Dios en nosotros.

Esa vida de Dios quiere penetrar en lo más profundo de nuestro corazón, de nuestro interior. Cuando hablo de corazón hablo de lo más profundo de nosotros mismos, no hablo de las emociones, de los sentimientos o de los afectos; el corazón en la biblia es lo más profundo del hombre, el interior del hombre, la intimidad, la interioridad del hombre, pues **esa vida ha sido sembrada en lo más profundo de nosotros** y esa vida de Dios aflora en nosotros, se expresa en nosotros, quiere tomar todo nuestro ser, pero claro, nuestra vida mana de lo más profundo de nosotros, porque el hombre elige, vive y decide vivir desde su interior, de aquí que esa vida de Dios está sembrada dentro de nosotros, en lo más interior.

Pero esa vida de Dios quiere abarcarlo todo, quiere abarcar todo nuestro ser, empezando por nuestro espíritu, por nuestro cuerpo, por todas nuestras facultades espirituales, por todo lo que somos, y esa vida de Dios quiere, desde lo más profundo, desde la intimidad, desde el interior, tomar todo nuestro ser, nuestra alma y cuerpo e ir manifestándose en toda nuestra vida, y en toda nuestra existencia, este es el deseo de Dios, de manera que cuando esa vida de Dios nos impregna por entero somos santos, esa es la santidad, cuando realmente todo nuestro ser es expresión de Dios.

Esta es nuestra vocación. Pero la santidad no es el principio, es el final del camino. Cuando un hombre, una mujer está lleno de esa vida de Dios de manera que le impregna en todo, es un santo, una santa en medio del mundo, y eso se convierte en luz en medio de los hombres.

El Señor para desarrollar todo esto nos ha dado como tres grandes regalos: **la fe, la esperanza y la caridad**, y por eso tenemos que aprender a vivir de fe, de esperanza y de caridad. Hemos **recibido la vida de Dios pero nosotros tenemos que ir haciendo que esa vida de Dios y nuestra vida humana sea una sola cosa**. De ahí que tenemos que darnos cuenta de una cosa muy importante; es la siguiente: **nuestra vida humana que hemos recibido como un don de Dios, está llamada a ser bendecida, a ser penetrada, inundada y transfigurada por esa vida de Dios que también hemos recibido desde nuestro bautismo**.

El problema es el siguiente: que esa vida de Dios que recibimos y que queremos desarrollar, muchas veces corre como al margen y paralela de nuestra vida humana, de manera que muchas veces nuestro gran problema es que, hemos elegido al Señor, queremos vivir al Señor, además muchas veces en nuestra vida hemos tomado decisiones definitivas que nos han unido al Señor, es más, que nuestra vida no tendría sentido si no la viviéramos como

una vida de fe, y el problema es que muchas veces nos dejamos llevar completamente por una manera humana de vivir, sin tener en cuenta esa luz, esa gracia, esa fe, esa esperanza y esa caridad.

Y eso hace que en nuestra vida vivamos a veces una distorsión grande. Vamos a poner ejemplos. Nosotros vamos viviendo y entonces nos sucede un acontecimiento, tenemos un desencuentro con alguien y ¿qué sucede? que a veces reaccionamos de una manera visceral, y no solo reaccionamos así sino que eso se convierte para nosotros en un mundo, en un criterio, y luego que volvemos al Señor tenemos que llevar ahí como los platos rotos de toda esa vivencia que hemos tenido.

Quiere esto decir que el gran reto que tenemos nosotros es ir evangelizando toda nuestra vida, de manera que tenemos que aprender a vivir con fe, con esperanza y con caridad todo lo que vamos encontrando en nuestra vida.

Este es el gran reto y no es tan sencillo porque esa vida de Dios, esa fe, esa esperanza y esa caridad, tiene que ir impregnando nuestro corazón, nuestra mente, nuestra voluntad, nuestra libertad, nuestros afectos, nuestros sentimientos, nuestras emociones, de manera que poco a poco, lo que vamos viviendo en nuestra vida, vayamos aprendiéndolo a vivir en el Señor.

¿Cuáles son las causas más grandes de esa desesperanza que nos ataca? Creo que la Palabra de Dios nos ha ido ayudando a comprenderlo, pues que la fe provoca esperanza, pero si la vida no la vivimos desde esa fe que provoca esperanza, pues va minando nuestro corazón y produce desesperanza.

¿Qué nos ha enseñado el Señor? Pues que la vida de Dios quiere ir penetrándonos por entero, de manera que la vida de Dios no pretende anular ni hacer desaparecer lo humano; es todo lo contrario, Dios ama todo lo que ha hecho, quiere llevar a plenitud lo que nos ha dado, y lo que somos nuestra vida humana alcanza su plenitud cuando vivimos de veras a Dios.

Nuestro gran reto ¿en qué consiste? En que aprendamos a vivir enchufados a la fuente, la fuente es el Señor que nos sigue dando constantemente esa vida, y que agarrados a la fe, a la esperanza y a la caridad, dejemos que esa fe sea, cada vez más, nuestra manera de entender y de vivir el mundo, que la esperanza impregne cada vez más las vivencias de nuestra vida, y que la caridad sea nuestra manera de expresarnos y de relacionarnos con Dios y con nuestros hermanos.

Al final de los ejercicios, más allá de lo que cada uno haya vivido, el mensaje del Señor es muy claro *«Yo estoy contigo, tú has lanzado el ancla y yo te tengo agarrada, te tengo agarrado y no te suelto, ¡yo no te suelto! y tú agárrate firmemente a mí, porque yo soy la roca que mantiene firme tu vida, conmigo no tienes nada que temer, cada vez que veas una dificultad o algo vuélvete a mí, vuélvete a mí y tira del ancla que yo estoy del otro lado, no te preocupas por las olas de la vida, que yo estoy contigo, y tú que estas agarrado a mí yo tiro de ti ¿por qué? Porque tú tienes un destino de eternidad, en el cielo te esperamos, pero no sólo te esperamos en el cielo y tiramos de ti hacia el cielo, porque tu vocación es una vocación celestial, tu vocación es Dios, sino que el cielo está contigo, el cielo te acompaña a través de tu vida»*. Esto es maravilloso para nosotros, no penséis que el cielo es solo para luego, el cielo está presente en la tierra y nos acompaña, y esto nos llena de esperanza a todos.

Y otro motivo fundamental de la esperanza. Mirad, la esperanza empieza a flojear en nosotros cuando dejamos de mirar a Jesús; cuando dejamos de escuchar a Dios entonces empezamos a escuchar los problemas de la vida, lo que dicen los hombres, lo que se piensa

o empezamos a escucharnos a nosotros mismos. En cambio **la esperanza crece cuando salimos de nosotros mismos, acudimos al Señor y aprendemos a escuchar a Dios.**

Nos dice san Pablo en la carta a los Romanos: *la Palabra de Dios que nos habla nos llena de paciencia, de consuelo y de esperanza, el Señor esta siempre con nosotros y no tenemos nada que temer, vuélvete hacia el Señor y verás como el Señor renueva siempre tu esperanza.*

Hay una imagen preciosa en los profetas (Is 40, 31) donde dice que el Señor te renueva y te da alas de águila para poder volar, la esperanza nos hace volar con paz, con confianza a recorrer el camino que Dios nos propone.

Señor, al terminar los ejercicios te damos las gracias por lo que nos has dicho en estos días, y toda nuestra vida y todo lo que has sembrado en estos días queremos ponerlo en tu altar, para que tú lo transformes y lo hagas tuyo para que nos concedas la gracia de vivir lo que has sembrado en nosotros.

Que así sea

